

TIEMPO MUERTO

LOU CARRIGAN

Wade Rittman encuentra una mañana algo en el fondo de la botella de leche de la que ha estado bebiendo durante la noche anterior y esa misma mañana: una cabeza de rata.

Decide ir a reclamar al supermercado donde compró la botella y luego reclamar también al fabricante, pero por la noche, en su casa, encuentra el cuerpo de la rata al que le falta la cabeza. Y así comienza una terrorífica aventura.



Lou Carrigan

Tiempo muerto

Bolsilibros: Selección Terror - 542

ePub r1.5
Titivillus 28.12.14

Título original: *Tiempo muerto*
Lou Carrigan, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SELECCION

TERROR

Capítulo primero

WADE Rittman se miró al espejo del cuarto de baño con cierto detenimiento. Aparentemente, lo que veía en el espejo era normal: un hombre de unos veintiocho años, con pelo en la cabeza, dos brazos; dos ojos, dos piernas y un ombligo…

Pues eso: un hombre normal y corriente. Perol Wade Rittman tenía su propia opinión al respecto, y, tras mirarse y remirarse al espejo, en el que se veía desnudo y recién duchado, se gritó, admiradísimo:

—¡Estás más bueno que Robert Redford, el Harrison Ford, el Dustin Hoffman y el Richard Gere, juntos! ¡Cachondo!

Luego, feliz como nadie, se peinó, se afeitó, se puso un albornoz de chico guapo contento de la vida, y pasó a la cocina, donde procedió a desayunar, con un apetito excelente, fruto de su buena salud, su juventud, sus deudas que además eran razonables y normales, y, en fin, las pocas complicaciones que tenía en la vida.

¿Qué complicaciones puede tener un hombre de esa edad, soltero, y que se gana bastante bien la vida y del cual las chicas piensan que «está como un tren de lujo»?

Así estaban las cosas cuando, para rematar el desayuno, Wade recurrió a la nefasta costumbre infantiloide de tomarse su vaso de leche. Abrió el frigorífico, sacó la botella de leche de boca grande, y, como quedaba apenas media botella, se dijo que lo mejor era terminarla. No iba a dejar un dedo de leche para la noche o para el día siguiente.

Escanció la leche directamente a su estómago desde la botella. La nuez de Adán subía y bajaba enérgicamente a cada trago. Era como una pequeña catarata láctea cayendo en un pozo sin fondo. Y finalmente, la leche se terminó.

Fue entonces cuando Wade Rittman la vio.

Aquella cosa dentro de la botella. Era una cosa que,

indudablemente, había estado allí todo el tiempo, es decir, desde que la leche fue envasada. En cadena, claro. Ya se sabe cómo se hacen estas cosas: se ponen las botellas en una cinta transportadora sin fin o algo así, van pasando por un sitio donde se van llenando y luego por otro sitio donde las van tapando, otro donde las etiquetan…

Pero… ¿dónde, en qué parte de la cadena ponían aquellas cosas dentro de las botellas de leche?

Wade sentía la mente en blanco. Estaba viendo pero no asimilaba.

Estaba viendo, pero no comprendía. Simplemente, su cerebro rechazaba el mensaje, los impulsos de la imagen que estaba recibiendo. Y es que el cerebro es muy suyo: si una cosa no resulta creíble, razonable o admisible, la rechaza. Al menos, de momento. Pero, finalmente, si la cosa está ahí, pues está ahí, y punto.

Todavía, el cerebro envió una sutil orden que fue obedecida al instante: Wade Rittman colocó la botella boca abajo sobre un plato, en el cual hizo caer aquella cosa que había estado dentro desde que la botella pasó por la cadena etcétera.

Y el cerebro no tuvo más remedio, que recibir, analizar, y admitir la imagen de una vez por todas: era una cabeza de rata.

Una cabeza de rata.

De rata.

Dentro de la botella de leche que Wade Rittman se había bebido entre la noche anterior y la mañana de autos había la cabeza de rata decapitada.

Se ignora si lo que ocurrió a continuación tuvo algo que ver con el cerebro: Wade Rittman salió corriendo de la cocina, entró en el cuarto de baño, alzó la tapa del inodoro, y, justo a tiempo, comenzó a vomitar con una violencia que casi le desorbitó los ojos. Fue talmente, como si dentro de su cuerpo hubiera, estallado un volcán que lo trastocó todo.

Finalmente, jadeante, llenos de lágrimas los ojos, demudado el rostro, se sentó en el blanco taburete de baño, y se quedó respirando como si ya no quedase mucho aire en el planeta Tierra.

Una cabeza de rata.

¡De rata!

La imaginación, o por mejor decir, la facultad de recuerdo de la

mente, que es sencillamente prodigiosa, le trajo la imagen de la cabeza de rata, y todo el cuerpo de Wade se estremeció. Ya no se trataba de que había desperdiciado un estupendo desayuno, sino que sentía un espantoso y repugnante amargor en la boca, y, además se encontraba mal. Se encontraba francamente mal. Porque, vamos, no es que Wade fuese de esas personas aprensivas que protestan por una simple mosca en la sopa, pero… ¡demonios, una cabeza de rata dentro de la botella de leche que él se había bebido!

Un cuarto de hora más tarde se encontraba mejor. Se había lavado la cara, limpiado y enjuagado la boca, el estómago se le había tranquilizado… Se sentía mejor, menos mal.

Muy bien, señores, una cabeza de rata. ¿Qué hacía una cabeza de rata dentro de la botella de leche? Porque bien debía hacer algo allí, ¿no? Y además, si estaba allí era porque alguien la había puesto, ¿no? Y si alguien la había puesto merecía que le partieran la cara, ¿no? Así que… ¿quién había metido la cabeza de rata dentro de una botella de leche?

Wade se miró de nuevo al espejo del cuarto de baño. Aunque ya vestido, se adivinaban en él suficientes músculos para partirle la cara a casi cualquiera. Sabía que podía partirle la cara a mucha gente, menos la que tuviese algún parecido con Cassius Clay y gente así. Sin embargo, lo de la cabeza de rata dentro de la botella de leche no podía quedar así. No debía quedar así.

«Me voy a cargar al jodido fabricante o envasante de esa leche… —se dijo Wade—. ¡Me voy a encargar de que le cierren el negocio!».

Inteligente decisión, de la que, una vez tomada, era muy, muy difícil que alguien apease a un tipo como Wade Rittman, Este regresó a la cocina, metió la cabeza de rata dentro de la botella de leche, tapó esta con un rollo de papel periódico, la envolvió con más papel de periódico, y salió de su apartamento, sito en un moderno edificio ubicado en la casi bucólica Euclid Avenue, relativamente cerca del centro de Cleveland, Ohio. Descendió en el ascensor hasta el sótano *parking*, se metió en su coche, y enfiló este hacia la rampa de salida.

¿Qué se habían creído?

Empezaría por el supermercado donde había comprado la botella, y seguiría hasta llegar al puerco que tenía la culpa directa

de que la cabeza de rata hubiera estado en la botella, cargándose a todos los que hubiera entre uno y otro.

Pero sobre todo, al puerco manazas que había metido o dejado que cayese dentro de la botella la cabeza de rata. Porque vamos a ver: cuando uno trabaja tiene que estar atento al trabajo, ¿no es cierto? Lo mismo da que sea saltimbanqui y se la esté jugando o que sea un marica que trabaje pintando flores. ¡Hay que estar atento, amiguitos!

—Nada, que le parto la cara… —no se calmaba del todo Wade —. Al culpable directo, al manazas ese, al cabrito de todos los demonios ese, ¡le voy a dejar la cara como un bistec mordido por un perro!

O sea, en primer lugar, el supermercado. Recordaba perfectamente en qué supermercado había hecho la última compra de provisiones. Estaba cerca de Timberlake, pequeña localidad a la orilla del lago Erie, a la que accedería por el simple procedimiento de alcanzar Bayshore Boulevard y seguirlo luego ya convertido en carretera.

Por cierto: ¿qué demonios había ido a hacer él a Timberlake? Ah, sí, había ido a ver aquellos yates, para tomar apuntes para uno de sus trabajos. Bueno, la verdad era que había aprovechado el pretexto de los yates para darse un paseo en coche, pues no eran yates lo que faltaban en Cleveland. Y es que uno no va a pasarse todo el día trabajando, dale que dale, ¿verdad? Hay que distraerse de cuando en cuando, tomarse un café, charlar con alguien. No es humano estar con la cabeza siempre llena de trabajo. No es razonable ni siquiera cuando, como era el caso de Wade Rittman, el trabajo le gusta a uno. Es decir, no el trabajo, sino su trabajo. Porque si a Wade le hubieran dicho que se trataba de ir a apretar tornillos, valga como ejemplo, habría hecho un sensacional corte de mangas, pero su trabajo le gustaba…

Cuando vino a darse cuenta estaba en la explanada de estacionamiento del supermercado próximo a Timberlake.

Perfecto, amiguitos: ¡os vais a enterar!

Estacionó el coche, cargó con el envoltorio que contenía la botella de leche, y entró en el supermercado. Se fue directo a la cajera de una de las salidas, que estaba dándole a la máquina de sumar. La chica terminó, cobró, y miró aburridamente a Wade. Pero

el aburrimiento desapareció enseguida. Sonrió muy gentilmente.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó Wade.

—Sí, señor. Estuvo usted aquí ayer por la mañana.

—Exacto. Vengo a hacer una reclamación.

—¿Qué reclamación?

—¿La digo en voz alta o se lo digo al oído?

La muchacha comenzó a sentirse un poco incómoda. Pero no era tonta, así que sin decir nada hizo un gesto que fue bien interpretado por Wade. Este se inclinó, y casi tocando sus labios la sonrosada orejita, susurró:

—He encontrado una cabeza de rata dentro de una botella de leche.

—¡No! —se irguió la cajera.

—Sí —aseguró Wade, irguiéndose.

—Oh, cielos… Mire, lo mejor será que vaya a hablar con la señora Pitts, la directora del supermercado. Las oficinas están allí —señaló a su derecha—, y ella está en el despacho del fondo. La avisaré por teléfono de que va usted allá, señor…, señor…

—No le diga nada —gruñó Wade.

Se dirigió resueltamente hacia las oficinas, que estaban en un semialtillo. Subió los escalones de dos en dos, llegó a las oficinas, desde las cuales se veía todo el supermercado, pues todo era cristal, y se zambulló hacia el fondo, ante la desconcertada y también impasible mirada de los pocos empleados oficinescos.

En el fondo, en aquel momento Wade estaba pensando en la cajera. Recordó que la noche anterior, cuando después de cenar salió al bar de Percy para charlar un rato con los amigos y tomarse un par de whiskys, había pensado que era una tontería someterse a las mismas charlas siempre con los amigos de siempre en lugar de salir con una chica como la cajera. Claro que no le había visto las piernas a la muchacha, pero… O sea, a juzgar por la zona alta de su figura, debía tener también muy convincente la zona baja. Y encima, era rubia.

Nada, decidido cuando se fuese iba a hacer un intento con la cajera.

Se detuvo ante la puerta del despacho, cerró los ojos, y volvió a la realidad. ¿Qué hacía allí? Pues, estaba allí para hablar con la señora Pitts, la directora del supermercado. Se imaginó a la señora

Pitt: una dama de unos cincuenta años, sobria, más bien atractiva, bien vestida, delicada, con don de gentes… Tranquilo, Wade, nada de quedar como un palurdo maleducado. Aspiró hondo y llamó a la puerta. Al otro lado oyó la voz femenina. No entendió lo que dijo, pero lógicamente debía autorizarle la entrada. Así que entró.

Al fondo del despacho, al otro lado de una gran mesa llena de papeles y teléfonos, dos enormes faros verdes se posaron en Wade Rittman. Dos enormes, fantásticos, hermosísimos faros verdes rodeados de una espesa jungla de vegetación roja como el fuego. Debajo de los faros, una hermosísima y altiva nariz, y, debajo de esta, la boca más fresca, tierna, turgente y tentadora que Wade Rittman había visto en su vida. Más abajo, ceñido por un fino jersey negro, un busto de infarto. Sobre la mesa, delante de este busto —la última maravilla del mundo—, dos hermosas manos con laca rosada en las uñas sostenían un papelote.

Wade Rittman quedó sumido en una fracción de tiempo muerto.

Nada existía. Ni siquiera él.

Era como si todo se hubiera detenido.

—¿Sí? —preguntó la joven y hermosísima pelirroja.

—¿Qué? —alentó apenas Wade.

—¿Desea usted algo? —frunció el ceño ella.

Wade suspiró, cerró la puerta, y se acercó a la mesa.

—Me han dicho —susurró— que este es el despacho de la señora Pitts.

—En efecto —asintió la divinidad de ojos verdes.

—Bien… Bien. Bien, bien, bien.

—Celebro que le parezca bien, señor —sonrió la espléndida criatura de la boca suculenta.

La sonrisa fue talmente como un cañonazo que Wade recibió en pleno estómago. Era terrible. Con aquella sonrisa se podía fundir un portaaviones y enviarlo al fondo del mar. ¡Aquella mujer era un arma peligrosa, era un tremendo riesgo para la Humanidad entera, mirar sus ojos y quedar ciego y enamorado era todo uno…!

—Supongo —dijo Wade tras carraspear— que no será usted viuda.

Ella ladeó la cabeza, volvió a fruncir el ceño, y por fin negó de viva voz y con el gesto.

—No, no soy viuda, afortunadamente.

—Son puntos de vista.

—Dicen que hay tantos puntos de vista como personas —asintió la divinidad angelical de los senos deliciosos—, pero no creo que usted haya venido a un supermercado a filosofar sobre esto, señor.

—Wade —dijo este—. Wade Rittman, señora Pitts.

—Encantada, señor Rittman. ¿En qué puedo servirle?

—He encontrado una cabeza de rata dentro de una botella de leche que compré aquí ayer por la mañana.

La muchacha respingó, y se quedó mirando a Wade con los ojos muy abiertos. Se había alterado visiblemente. ¿Y quién no? Su turbación era tan visible e intensa que Wade no pudo por menos de intentar ayudarla.

—No es que la culpe a usted de ellos, señora Pitts —murmuró—; es solo que creo que se debe hacer algo.

Ella se recuperó. Suspiró, miró sobre la mesa, y no encontró la que buscaba. La vio en otra mesita auxiliar, junto a la cual estaba la máquina de escribir. Se puso en pie y fue allá, tomó uno de los cigarrillos, y lo encendió. Wade Rittman se estaba muriendo de amor. Ella era, con tacones altos, casi tan alta como él, y su figura espléndida era como una llamada de la selva. Esto es lo que Wade pensó, y él se entendía.

Ciertamente, no tenía cincuenta años —ni siquiera debía tener la mitad—, pero sí era elegante, sobria, tenía estilo… Con un poco de suerte, el marido quizá era buzo y algún pez espada le cortaba el tubo del aire. Bueno, algo así, pensó perversamente Wade. ¡Y él que siempre se había reído de los que se casaban con viudas!

—Siento mucho que haya ocurrido eso, señor Rittman —dijo de pronto la muchacha—. Y por supuesto, estoy de su parte. Es intolerable que ocurran cosas como esta.

—Lo… lo mismo pienso yo, claro.

—Espero que sea una broma de mal gusto.

—¿Una qué?

—Una broma.

—¡Claro que no! ¿Tengo yo cara de bromista?

—Pues… un poco, si he de serle sincera. En cualquier caso espero que comprenda que si tiramos esto adelante nos vamos a complicar un poco la vida. La empresa láctea bien podría decir que ese… objeto ha sido puesto en la botella posteriormente a su

envasado y por personas ajenas a la misma. ¿Me comprende usted?

—Desde luego. Pero eso es absurdo. ¿Para qué demonios iba yo a hacer una cosa así?

—Bueno, siempre se puede hacer una reclamación y conseguir algo de dinero.

—Escuche, yo no soy de esos —frunció el ceño.

—Le creo. Pero… Mire, sería diferente si presentáramos la botella con la… cosa esa dentro, pero todavía precintada.

—Ya. Pero, señora Pitts, sin duda usted sabe que la leche no es transparente, de modo que ni yo ni nadie podía ver la cabeza de rata dentro de la botella. Ha sido al terminar de vaciarla cuando la cabeza de rata ha salido. ¿Me comprende usted a mí?

—Por supuesto. ¿Puedo ver… el objeto de su reclamación?

—A su gusto.

Wade deshizo el envoltorio. Un instante después la cabeza de rata, empapada, en leche, caía sobre los periódicos. Tenía los ojos abiertos. Era repugnante. La pelirroja desvió rápidamente la mirada, y Wade captó la leve decoloración de su rostro.

—Usted ha querido verla —murmuró.

—Sí. Es que… me parecía increíble. No le supongo a usted capaz de hacer una cosa así, señor Rittman.

—Hacer… ¿qué?

—Cortarle la cabeza a una rata para organizar esta farsa.

—Maldita sea mi estampa… ¡Desde luego que no soy capaz de hacer una cosa así! Ni siquiera por el maldito dinero. Escuche, señora Pitts, soy un hombre normal, de mente sana, me gusta el *whisky*, las chicas, el sol, y los chistes verdes. Tengo un trabajo que me da a ganar más dinero del que necesito. No haría una porquería así ni por un millón de dólares. En realidad, creo que subconscientemente pensé en los niños. Imagínese, que esto lo encuentra no un hombre casi de treinta años, sino un niño de siete u ocho. ¡Demonios, hasta se podría poner enfermo de asco puro y simple!

—Por favor, no se enfade conmigo: yo no tengo la culpa.

—Ni yo he dicho semejante cosa —farfulló Wade—. Bien, ¿qué hacemos?

—Yo le sugeriría que dejara el asunto en mis manos, de momento. Si me dice dónde vive, o su número de teléfono, espero

decirle algo dentro de un par de días.

—Usted ha dicho que está de mi parte, señora Pitts.

—Lo estoy.

—Muy bien.

Wade tomó un papel, escribió su nombre, dirección y número de teléfono, y entregó el papel a la pelirroja.

—Me pregunto si su marido no será un explorador de tierras salvajes donde los aborígenes sean caníbales.

—No —rio ella—, ¡ciertamente que no!

—Bueno, qué le vamos a hacer. ¿Me llamará usted?

—Ya le he dicho que lo haré.

—Estoy seguro de que lo hará. Bien… pues… hasta entonces —le tendió Wade la mano—. Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo, señor Rittman.

—Ya. Muy amable. En fin… hasta otra.

—Hasta otra.

—Esto… Bien, ya nos veremos, ¿eh?

—Espero que sí —casi rio ella.

—¿Tiene usted niños?

—¿Niños? ¡Vaya pregunta inesperada! Pero no, no tengo niños… todavía.

—Claro. Eso quiere decir que, espera tenerlos, ¿no?

—Bueno, sería lo normal en una mujer, ¿no le parece?

—Si no hace vida marital, no.

—¿A usted le parece razonable que una mujer casada no haga vida marital? —se pasmó la pelirroja.

—¡Maldita sea mí estampa! —aulló Wade Rittman.

Y salió del despacho considerando que su vida afectiva estaba arruinada para siempre. Jamás encontraría una mujer como la señora Pitts, jamás. Era imposible. No podía haber otra como ella, en modo alguno: aquellos ojos, aquella boca y su sonrisa, aquel cuerpo… la mirada, los gestos, el tono de voz, los cabellos que parecían de fuego tierno… ¡Qué tontería: fuego tierno! En fin, ¿qué más daba? Lo cierto y seguro era que jamás encontraría, por muchos años o siglos que viviera, otra mujer como la señora Pitts.

En cambio, lo que si encontró Wade Rittman aquella misma noche fue el cuerpo de la rata decapitada.

Capítulo II

ACABABA de ponerse los zapatos, y tenía la camisa en la mano, cuando sonó la llamada a la puerta del apartamento.

«Apuesto a que no es la señora Pitts», pensó.

Y como suele ocurrirle a cualquier mortal normal, a continuación pensó eso de «hombre, precisamente al pensar que no puede ser la señora Pitts quizá si sea la señora Pitts».

Pero no, no era la señora Pitts. Ni siquiera era Brooke Shields o la Bo Derek, por mencionar personal femenino. Era el feo pero simpático Percy, el dueño del bar-tertulia de Wade y amigotes. Wade se quedó atónito al verlo.

—¡Atiza! —exclamó tras recuperarse rápidamente—. ¡No me digas que vienes a tomar un trago, Percy! ¡Te lo cobraría, como tú a mí!

—Claro que no. Ya me dijiste antes, cuando estuviste a tomar café, que hoy ibas a salir, que no vendrías, que no estarías, que te ibas de vuelo. Toma esto y hasta la vista.

La entregó un paquetito del tamaño de media caja de zapatos, aproximadamente. Wade lo tomó maquinalmente, preguntando:

—¿Qué es?

—Ni idea. Va dirigido a tu nombre, y yo no abro la correspondencia y demás mensajes dirigidos a otros. Lo he encontrado encima del mostrador y como sabía que esta noche no ibas a venir y se me ha ocurrido que era algo urgente te lo he traído. Amable que es uno.

—Te has ganado un beso en la boca —sonrió Wade.

—Bueno, estupendo —dijo Percy.

Cerró los ojos, adelantó la cabeza, y le ofreció el morrito. Wade rio, le dio un beso en la frente, y acto seguido un simulado rodillazo en la zona genital. Se echaron a reír los dos, y Percy se dirigió hacia la escalera.

—Hasta mañana, Wade.

—Hasta mañana. Y gracias, Percy.

—¿Qué tal es la chica de esta noche?

—No está mal.

Percy, se detuvo un poco sorprendido.

—¡Cómo que no está mal! —exclamó—. ¡Siempre dices que sales con las tías más buenas del universo!

—Eso se acabó —suspiró Wade—; la tía más buena del universo resulta que ya está casada. ¡Y no me hables de eso que me entran ganas de llorar! Poned flores en mi tumba, Percy.

—¿Es que piensas morirte?

—Me estoy muriendo a toda prisa. De amor.

—¡Anda ya! —bromeó Percy.

Wade cerró la puerta, y regresó al dormitorio con la camisa en una mano y la caja en la otra. Es claro que lo había dicho de broma, pero a lo peor se convertía en realidad: se estaba muriendo de amor por la señora Pitts, y en cambio iba a salir con la cajera. Era como cambiar oro por carbón. Pero tampoco se trataba de suicidarse porque ella se hubiera casado. A buen seguro que pronto la olvidaría. Sí, seguro, dentro de cien o doscientos años la habría olvidado.

Recordó que no debía perder el tiempo recordando, miró su reloj de pulsera, y lanzó una exclamación. ¡Iba a llegar tarde a la cita con la cajera…! ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Dulce. La verdad es que era muy simpática y que estaba muy bien. No era la señora Pitts, pero…

Miró la caja y la camisa. Sacudió la caja. Dentro había algo, claro; algo que sonaba blandamente, cloc, cloc, cloc. En efecto, estaba dirigida a su nombre. Volvió a mirar el reloj, dejó la caja sobre la cama, y se puso rápidamente la camisa y, acto seguido la corbata. Se llevaría la caja, y la abriría en el coche, mientras esperaba a Dulce: ¡Porque era seguro que después de tanto correr él, ella llegaría con retraso!

Ya puesta la corbata se fue al cuarto de baño, se miró, se repeinó un poco, se tiró un beso de admiración, volvió al dormitorio, sacó del armario la chaqueta de salir en plan formal, y se la puso con rápido y hábil gesto.

Notó el desusado peso en el lado derecho de la chaqueta. Palpó,

y localizó el bulto en el bolsillo derecho inferior y exterior. Bajó la mirada, metió la mano en el bolsillo, agarro con decisión lo que había allí, y lo sacó.

Se quedó mirando inexpresivamente el cuerpo de la rata.

Así es la vida: hay quien saca conejos de una chistera, ¿no? Pues él, Wade Rittman, sacaba ratas decapitadas de los bolsillos de su chaqueta. No iba a ser igual que los demás, ¿verdad? ¡Él siempre más original!

O sea, que tenía en la mano derecha la rata decapitada.

Tuvo la sensación de que algo se desconectaba en su mente.

Cuando la noción de realidad y vigencia regresó se encontró sentado en el borde de la cama, todavía con la rata decapitada en la mano. O sea, que por la mañana había encontrado la cabeza y ahora encontraba el cuerpo. Pero no dentro de otra botella de leche, sino dentro de un bolsillo de su chaqueta.

Separó mucho los dedos, colocó la mano palma abajo, y la rata cayó sobre la alfombra, sin producir ruido alguno. Al menos él no oyó nada. Fue como dejar caer una bola de algodón. Una bola de algodón sucia, grisácea, húmeda y rígida. Casi se podía pensar que era de cartón, pero claro que no era de cartón. Qué demonios, ¡era el cuerpo de la cabeza! O sea… Él se entendía.

¿Realmente se entendía?

Porque lo de encontrar una cabeza de rata, un ratoncillo, un escarabajo o un diplodocus si lo apuraban, dentro de una botella de leche, pase. Cosas de la industria del envasado mecanizado. Pero… ¿un cuerpo de rata en su bolsillo? ¿Quién lo había puesto allí?

La pregunta tenía su gracia. A ver: ¿quién utilizaba su chaqueta en todos los sentidos, es decir, se la ponía, la llevaba, la colgaba y la descolgaba del armario? Pues él, y nadie más que él, Wade Rittman. Otra pregunta: ¿quién podía poner cosas en los bolsillos de su chaqueta? No hacía falta ser genial para dar una respuesta.

Pero… ¿por qué se había guardado él una rata decapitada en un bolsillo?

Se puso en pie, fue a la salida, agarró la botella de *whisky* del mueble-bar, y bebió un trago directamente. Y es que el cuerpo le había producido menos asco súbito que la cabeza con los negros ojos redondos empapados en leche…

El *whisky* pareció explotar dentro de su estómago como si fuese

nitroglicerina, y ni siquiera tuvo tiempo de correr al cuarto de baño. Dos minutos más tarde, jadeante, se vio a sí mismo sentado en un sillón, inclinado hacia adelante y oliendo a demonios. Le dolía el estómago y la cabeza, y tenía la sensación de que por sus conductos nasales habían pasado antorchas de fuego.

Veamos: ¿qué hace una persona normal cuando quiera exterminar una o varias ratas que le están molestando? Pues, generalmente, utiliza un insecticida… Desparrama insecticida en abundancia, se retira del lugar de la trampa, y al día siguiente recoge los cadáveres con mucho asco y los tira a la basura. Pero él no: él tenía una cabeza dentro de la leche y el cuerpo dentro de un bolsillo. Y ni siquiera tenía la disculpa de que hubiera ratas en su apartamento. En realidad, no había ratas en ningún sitio que él conociera o visitara. Hacía años y años que no veía ratas.

Así que… ¿de dónde había sacado aquella rata?

«Esto no lo he hecho yo», pensó sosegadamente.

Y enseguida llegó a la pregunta lógica: ¿quién lo ha hecho, entonces?

Fue a la cocina, regresó con útiles de limpieza, y adecentó la salita. Luego, con un periódico en las manos, regresó al dormitorio. El cuerpo decapitado, tétrico, trágico, patético, seguía allí, naturalmente. Lo envolvió con el periódico, y se quedó mirando la caja que le había subido Percy. ¡Para cajas estaba él!

Mientras tanto iba pasando el tiempo, y Dulce llegaría antes que él a la cita. Bueno, la chica había sido muy simpática, así que no se merecía un plantón. Se quitó los pantalones y la camisa, se puso otro atuendo deportivo, y se dirigió hacia la puerta. Se volvió, miró la caja, y finalmente regresó a por ella.

La cita era en el cruce de Ontario y Saint Clair, en el centro de la ciudad, y cuando Wade llegó allá la simpática cajera ya estaba esperando, y con un gesto entre decepcionado y furioso que casi le hizo sonreír a Wade, ya sereno y tranquilo. Detuvo el coche ante ella, se apeó, y la muchacha se quedó mirándolo fijamente al verlo apearse.

—Lo siento, encanto —se disculpó Wade—. Sube, ya te explicaré.

Le abrió la portezuela, y ella se sentó con revuelo de falda y visión de preciosas piernas. Wade regresó ante el volante y arrancó.

Ella le miró y dijo:

—Creí que no vendrías.

—Lo siento —repitió él—. Y siento mucho que esta noche no podamos divertirnos, como habíamos planeado. ¿Sabes si la señora Pitts vive en Cleveland y dónde?

—¿La señora Pitts? —exclamó Dulce—. ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de la directora del supermercado: tú misma me dijiste que era la señora Pitts, yo fui a su despacho…

—¡Lo que te pregunto es qué tiene que ver la señora Pitts con nosotros!

—Ah. Bueno, nada en absoluto, claro. Pero tengo que hablar con ella.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—Cuanto antes mejor.

—¿De qué tenéis que hablar? ¿De la cabeza de rata?

—Si quieres te lo digo —la miró Wade—, pero te aconsejo que no quieras. De verdad, Dulce.

—Está bien —titubeó ella—. Sé dónde vive la señora Pitts, aquí, en Cleveland, desde luego. Te guiaré hasta allí y luego iremos…

—No podría —movió la cabeza Wade—. Mira, preciosa, si hay un tipo en el mundo al que le gusten las chicas simpáticas y encantadoras como tú, ese soy yo, pero esta noche no podría ni enviarte un beso desde lejos. Vas a tener que disculparme, Dulce.

—¿Te ha ocurrido algo malo? —abrió mucho los ojos la muchacha.

Wade Rittman abrió la boca, dispuesto a decir que no, pero se quedó silencioso y con la boca abierta. Por fin, murmuró:

—No lo sé. ¿Tú querrías hacerme un favor, Dulce?

—Me gustaría —sonrió ella.

—Entonces dime dónde vive la señora Pitts, dónde quieres que te deje, y… ya nos veremos en mejor ocasión ¿De acuerdo?

La señora Pitts vivía en el 2014 de Brookpark Road, número que correspondía a una hermosa casa con amplio jardín delantero y garaje anexo. Naturalmente, había césped bien cuidado en el jardín, arbustos de flores, y tres hermosísimos e imponentes pinos que debían tener a lo mejor cien años o más. O sea, que a Wade ni siquiera le quedaba el consuelo de que el señor Pitts fuese un muerto de hambre y la señora Pitts tuviese que trabajar debido a

ello. Tener una casa como aquella implicaba que el señor Pitts era un hombre amable que no tenía inconveniente en que su esposa se distrajera dirigiendo un supermercado.

Wade dejó de contemplar la casa en la bien iluminada avenida, movió, la cabeza, y se apeó. Había luz en varias ventanas. Se veía una casa feliz, confortable.

«La próxima vez que me enamore —reflexionó Wade— lo haré de una esquimal; así, por lo menos, el marido no tendrá inconveniente en compartirla conmigo».

La idea no era mala del todo, pero surgió la pregunta: ¿querría compartirla él con el marido?

«Soy un egoísta».

Recorrió el sendero de losas con césped entremedio. De alguna parte llegaba música. En fin, mala suerte. Resignación, Wade.

Le abrió la puerta un hombre de unos cincuenta y cinco años, alto, de muy buena facha aunque ligeramente obeso y casi tan calvo como un melón. Llevaba lentes, una pipa colgada de sus labios, y estaba en zapatillas. Era la clásica estampa del abuelo simpático y bonachón.

—¿Qué desea? —preguntó el abuelo bonachón.

—Estoy buscando a la señora Pitts: Me han dado esta dirección.

—Sí, vive aquí. Yo soy el señor Pitts. ¿En qué podemos servirle?

—¿Usted es el señor Pitts? —alentó apenas Wade.

—Sí, claro. ¿Para qué busca usted a mi esposa, señor…?

Wade tragó saliva.

—Soy Wade Rittman, señor Pitts. Verá, esta mañana estuve… ¡Ah, señora Pitts…!

La espléndida llamarada con los dos faros verdes había aparecido por un lado del vestíbulo mirando hacia la puerta con sorpresa e interés evidentes. Llevaba unos viejos tejanos y una blusa negra mortal de necesidad; los senos de la pelirroja parecían ir gritando que no los apretaba ningún sujetador y que se encontraban estupendamente así, haciendo demostraciones de turgencia, juventud y belleza de formas. El escote era discreto, pero despampanante. El cuello estaba para morderlo. La señora Pitts era el no va más.

—Me pareció oír su voz, señor Rittman —llegó diciendo ella, con la mano tendida—, pero no podía creerlo.

—Yo… tampoco —tartamudeó Wade, desviando la mirada.

—De modo que usted es el de la cabeza de rata —dijo el señor Pitts—. Mel nos ha hablado antes de usted y todo eso.

—¿Quién es Mel? —preguntó Wade.

—¡Soy yo! —rio la pelirroja—. Señor Rittman, ¡no me diga que ha encontrado otra cabeza de rata!

—Bueno… No. No exactamente.

—¿No exactamente? ¿Qué quiere decir?

—Pues…

—Oiga, ¿no sería mejor que entrase? —propuso el señor Pitts—. ¿Quiere tomar algo?

El gesto de Wade se nubló. La muchacha, que le miraba muy atentamente, parpadeó como si a cada parpadeo acudiera a su mente una nueva idea.

—¿Tal vez prefiere que demos un paseo por la avenida, señor Rittman? —sugirió suavemente.

—Bueno, yo… La verdad, sí, lo preferiría, si a su marido no le importa…

—Claro que no le importa —la muchacha besó al señor Pitts rápidamente en una mejilla—. Enseguida vuelvo, cariño.

—Pero…

Ella salió, casi empujando a Wade, y cerró la puerta. Estuvieron unos segundos mirándose. Luego, ella señaló el sendero, lo recorrieron y salieron a la avenida.

—Usted dirá, señor Rittman.

—¿Ha… ha cenado usted ya?

—Sí, claro. Estábamos tomando café y charlando. ¿Por qué?

—Será mejor que no le diga nada. Bueno, solo una cosa: no siga adelante con mi reclamación, ¿de acuerdo? Pensaba ir mañana al supermercado, pero se me ocurrió que cuanto antes se lo dijera sería mejor, no sea que a primera hora realizara gestiones…

—Sí, sí, entiendo, Y es muy considerado por su parte, sin duda.

—No habría sido justo que usted se molestara.

—Si no había necesidad, no. ¿Por qué quiere retirar su reclamación?

—Es mejor que lo acepte así y lo dejemos estar, señora Pitts. No deseo en modo, alguno estropear su cena. Créame, dejémoslo correr. Por mi parte, me conformo con que usted dé por cancelado

el asunto. ¿Le parece bien?

—Si es lo que usted quiere, por mi parte está bien. Pero me gustaría saber por qué ha cambiado usted de actitud, y además, creo que esa reclamación no debería anularse, de ninguna manera. Cuando una empresa se dedica al envasado de productos alimenticios hay que tener mucho cuidado.

—Sí, sí… Y lo tienen.

—No deben tenerlo tanto en cuanto usted encontró una cabeza de rata en una botella de leche… —la señora Pitts se detuvo y se quedó mirando fijamente a Wade—. ¿O no fue así? ¿Mintió usted esta mañana, señor Rittman?

—Le juro que no; la cabeza estaba dentro de la botella de leche.

—Menos mal… Me habría decepcionado usted. No es frecuente encontrar un hombre simpático.

—Atiza… ¿le parezco simpático?

—Bastante —rio la pelirroja—. La mayoría de los tipos la mitad de guapos que usted cree que les basta mirar a una para matarla de admiración, deseo y amor. Usted no hace el payaso.

—No sabía que hubiera formado buena opinión de mí.

—No había motivo para lo contrario.

—Caramba… Bueno, pues gracias.

—¿Tiene un cigarrillo?

Wade se papó los bolsillos, y movió negativamente la cabeza.

—Aquí, no: en el coche.

—Pues vamos al coche. Me apetece fumarme, un cigarrillo aquí fuera…, si a usted no le importa, claro.

—¡Por mí…! A quien quizá no le haga mucha gracia es a su marido.

—No se preocupe por él.

Le sonrió, y Wade sintió un calambre de fuego desde la nuca a los talones. Dieron la vuelta regresando hacia la casa, y ella se tomó de su brazo. Wade casi respingó cuando la turgencia de un seno espléndido se aplastó contra su brazo.

Capítulo III

UN minuto más tarde ambos estaban fumando dentro del coche. Wade miraba de reojo a la muchacha, fascinado por el perfil de su rostro y su busto; la línea de la garganta era deliciosa. Ella olía a algo que él no sabía definir. Era un perfume suave como con esencias de piel. De piel joven, fresca limpia y cálida.

—¿A qué se dedica su marido? —murmuró Wade.

—Mire, señor Rittman, no me gusta que me traten como a una tonta o como a una muñeca. Usted hizo algo esta mañana, y parecía muy convencido y dispuesto a todo. Y yo, si usted lo recuerda y quiera admitirlo, me puse de parte de usted, ¿cierto?

—Sí, cierto, pero…

—Ahora viene usted, me dice que lo olvide todo, y ya está. O sea, que yo no merezco una explicación. ¿Es eso?

—No, no es eso —rechazó Wade, volviéndose para mirarla a sus anchas—. Si no le digo nada más es para evitarle molestias, créame. Le aseguro que saber lo que ocurre le causará como mínimo, perturbaciones… desagradables. Sobre todo, después de cenar.

Ella también se había vuelto hacia él, y le miraba fijamente. Por fin dijo, secamente:

—Gracias por el cigarrillo, señor Rittman.

Hizo un gesto para volverse y salir del coche. La mano de Wade fue veloz como la cabeza de una cobra, y asió a la muchacha por un brazo. Bajo la fina tela percibió la densidad de la carne tibia.

—Espere… Si quiere se lo digo, pero… allá usted.

—Dígamelo.

—Es que encontré hace un rato el cuerpo de la rata. Estaba en un bolsillo de mi chaqueta… No de esta; de otra chaqueta. Y no creo que debamos culpar de eso a la empresa envasadora o a la fabricante de productos lácteos. En fin, no podemos culpar a nadie.

Ella le miraba cada vez con más atención en la penumbra del

coche. Su mirada parecía saltar de uno a otro ojo de Wade. No parecía haberse impresionado demasiado.

—De modo que encontró el cuerpo —susurró.

—Sí.

—Pues alguien debió ponerlo en su bolsillo, señor Rittman.

—Desde luego; la misma persona que puso la cabeza en la botella de leche —farfulló Wade—. O sea, yo.

—¿Y por qué hizo semejante cosa?

—No la hice. Quiero decir… Bien, no recuerdo haberla hecho.

—Quizá no la hizo usted.

—¿Cómo qué no? A ver si se cree usted, que mi apartamento es la avenida del Lago, por la que pasa todo el mundo, y que cualquiera puede dejar una cabeza de rata en la botella de leche y el cuerpo en mi chaqueta.

—Sí, claro… Pero si hizo eso debería recordarlo, ¿no le parece?

—Debería, sí…, pero no lo recuerdo.

—En cualquier caso —murmuró ella— jamás se me habría ocurrido que usted fuese aficionado a esas cosas.

—¿Qué cosas? —respingó Wade.

—Bueno, eso de andar matando ratas y…

—¡Yo no soy aficionado a nada de eso! —saltó Wade—. ¡Maldita sea mi estampa!, ¿con qué clase de loco cree que está tratando?

—Ha sido usted quien ha dicho que lo ha hecho, no yo —recordó ella.

—Sí… Es verdad. Bueno, mire, no sé… En fin, vamos a dejarlo.

—Me parece que no le gusta mucho mi compañía, señor Rittman.

—Por el contrario: me gusta demasiado. Así que será mejor que nos despidamos ya, señora Pitts.

—Entiendo. ¿No va a decirme que él es demasiado mayor para mí…, y que usted podría… consolarme de ciertas… deficiencias en mi vida… física?

—Supongo que eso es lo que le han dicho muchas veces.

—Tal vez.

—Pues yo no pienso cometer semejante bajeza, señora Pitts.

Ella sonrió, y miró la mano de él, que seguía aferrando su brazo. Wade la soltó entonces, lentamente. En la palma le quedaba el calor delicioso y una sensación de ternura.

—Llámeme Melissa —susurró ella—. Buenas noches, señor Rittman.

Le besó en los labios, lenta y levemente; fue un contacto que se prolongó, como una brasa, durante quince o veinte segundos. Luego, ella se irguió, le sonrió de nuevo, y salió del coche. Wade estaba paralizado. Ella metió la cabeza por la Ventanilla.

—Tal vez le gustaría entrar a tomar un café —propuso.

—Me parece que no —la miró él.

—*¿Whisky?*

—No, gracias…, señora Pitts.

Ella abrió la boca, y entonces, en el asiento de atrás vio algo que le llamó la atención. Lo miró abiertamente y lo señaló:

—¿Qué es eso?

—Una caja. Un paquete que me dejaron en lo de Percy…, en el bar al que suelo ir a tomar unos tragos.

—¿Y qué contiene el paquete?

—No lo sé. Ni siento gran interés por ello, la verdad. ¿Usted sí?

—Francamente, sí. Es un paquete del tamaño de una rata, más o menos.

Wade respingó, y se volvió a mirar el paquete. Lo alcanzó, lo colocó ante sus ojos, y se quedó mirándolo. Lo movió. Dentro sonó lo que fuese: cloc, cloc, cloc. Era un sonido blando. La pelirroja volvió a entrar en el coche, y Wade la miró. Luego, ambos miraron el paquete. Era absurdo, claro. No tendría sentido que dentro del paquete hubiera una rata.

El paquete estaba envuelto con papel grueso y sujeto por fino cordel fortísimo, que Wade no parecía capaz de romper. Se lastimó los dedos en intento. Melissa dijo:

—Voy a buscar unas tijeras. Por favor, no se vaya, Wade.

No contestó. Ella corrió hacia la casa. En un lado del paquete estaba escrito su nombre y dirección. Pero el paquete lo había encontrado Percy en el mostrador de su bar.

Melissa regresó con unas tijeras, y, él le ofreció el paquete para que cortase el fortísimo hilo. Conseguido esto retiraron el grueso papel. Debajo, el paquete estaba envuelto con otro en el que, repetidamente y en diferentes posiciones, estaba impreso el nombre de una tienda llamada Jesting Aside[1], sita en el centro, en Rockwell Avenue. Retirado este papel, quedó visible la caja. Wade

alzó la tapa.

Se quedaron mirando el contenido sin que, de momento, ninguno de los dos lo identificara. De repente, Melissa lanzó una exclamación y se llevó las manos a la boca, mientras sus ojos se abrían mucho. Wade solo pudo hacer que pasarse la lengua por los labios. Luego, despacio; asió por los cabellos la cabeza humana que había dentro de la caja, y la alzó.

Primero, la cabeza giró un poco a derecha e izquierda; finalmente, quedó de frente a ellos. Los ojos estaban abiertos. Los dientes eran grandes y muy blancos; increíblemente grandes, como si fuesen a soltar una dentellada de un momento a otro. La nariz era ancha; muy dilatada. Las orejas eran enormes. Los cabellos eran largos, negros, y parecían grasientos.

—Dios mío… —gimió por fin Melissa—. ¡Es una cabeza humana reducida!

Wade no dijo nada. Seguía mirando aquella horripilante cabeza; más horripilante por el hecho de aquellos ojos tan abiertos, relucientes como cristal, y aquellos dientes amenazadores.

—No es humana… —susurró por fin—. Creo que es de plástico…

Chop, sonó la gota de sangre cayendo dentro de la caja de cartón.

Melissa respingó fuertemente. Wade alzó más la cabeza, y miró la base, es decir, la parte baja del cuello, por donde podía suponerse que había estado unida al tronco de una persona. Pero… ¿cómo podía una cabeza de plástico estar o haber estado unida a un cuerpo humano?

Chop, sonó la siguiente gota de sangre junto a la primera.

Melissa y Wade vieron en la base como otra gota de sangre comenzaba a formarse. Se quedaron mirándola fascinados. Iba creciendo, creciendo, creciendo. Se hizo adulta, el peso fue demasiado, y se desprendió.

Chop.

—Por el amor de Dios… —jadeó la pelirroja—. ¡Guarde eso! ¡O mejor tírelo bien lejos!

Wade miró a la muchacha. No estaba aterrorizada, pero sí impresionada; incluso asustada. Era natural. Metió la cabeza dentro de la caja y tapó esta.

—No pienso tirarla —dijo—. ¡Alguien va a tener que responder de esta broma!

—¿Le dijo Percy quién se la había entregado?

—No… —reflexionó Wade—. No. Dijo que la había encontrado encima del mostrador.

—Si él no vio quién la dejó usted no va a tener a quien pedirle explicaciones. ¿No le parece un poco extraño todo esto?

—¿Todo esto? ¿A qué se refiere?

—Pues a lo de la rata, y ahora esto… ¡Es evidente que una cosa guarda relación con la otra!

—¿Usted cree?

—Bueno…, No sé. Francamente, yo he pensado enseguida, que sí, que ambas cosas están relacionadas. Pero puede ser una casualidad. Además, claro, si la rata la tenía usted, y el paquete estaba en el bar…

—Espere, espere —murmuró Wade—. Creo que tiene usted razón: está pasando algo raro y ahora que pienso sí tiene sentido que una cosa esté relacionada con la otra. Además, esto de Bromas Aparte… ¡Seguramente alguien me está gastando una broma!

—Pues es una broma un poco complicada. Entre otras cosas, tuvo que capturar una rata, cortarle la cabeza, y ponerla dentro de una botella de leche en casa de usted, y luego el cuerpo en un bolsillo de su chaqueta… ¿Cómo entró en su casa?

—Caramba, no es un paseo público —refunfuñó Wade—, pero tampoco es una fortaleza inexpugnable: cualquier caco de medio pelo puede entrar en mi apartamento, como en tantos otros.

—¿Y para qué iba un caco a dejarle una rata en su apartamento y una cabeza de plástico en el bar? Además, eso de que es de plástico… Cae sangre de ella, ¿no?

—Seguro que es tinta. O quizá sea la… Bueno, nada.

—¿La sangre de la rata?

—¡Caray con usted! —aulló Wade.

—Tal vez Percy vio quien dejó el paquete. O quizá lo viese cualquier otra persona, y lo recuerde.

—Sí, quizá. Es una posibilidad. Y creo que ha llegado el momento de ir a tomar un par de tragos, como tantas noches. Adiós, señora Pitts… Siento haberla molestado.

—¿Va ahora al bar?

—Claro.
—Le acompaño.
—¡Claro que no!
—Claro que sí. Espere un momento, voy a decirle a mi marido que no me espere levantado.
—¿Se va a atrever a eso?
—¿Por qué no? —se sorprendió ella.
—Si yo fuera su marido, y me dijera que no la esperase levantado, o sea que yo podía irme a la camita porque usted se iba con otro tipo de paseo, pues…
—¿Qué?
—Demonios, creo que le rompería la crisma, señora Pitts.
—Usted es de lo que no hay… —se echó a reír la encantadora pelirroja—. Vuelvo enseguida.
Salió del coche, entró corriendo en la casa, y salió antes de transcurrido medio minuto, poniéndose un jersey. Cuando se sentó de nuevo junto a Wade este pensó que daba lo mismo que ahora llevase jersey. Todo seguía igual de hermosísimo.
—No vuelva a hacerlo —murmuró Wade.
—¿El qué?
—Besarme. No quiero dármelas de troglodita, pero a mí no me gusta jugar con estas cosas, ¿comprende? Dicho de otro modo: a usted quizá esto le parezca un juego divertido, pero yo, simplemente, no soy de piedra. Y usted está de muerte. ¿Alguna duda?
—No —rio una vez más la pelirroja.

* * *

—¿Y ella quién es? —preguntó Percy.
—La señora Pitts.
—La señora Pitts. ¿Viuda?
—No.
—Ah.
—Escucha, Percy…
—Escúchame tú —gruñó Percy—: ya te he dicho claramente que no tengo ni remota idea de quién pudo dejar el paquete. A media

tarde esto se pone de locura, y tú lo sabes, así que quien fue vino aquí, quizá quiso entregármelo personalmente, ¡qué sé yo!, y como seguramente no le hacía caso o no le oía dejó el paquete y se largó. ¡Demonios, Wade, que no lo sé!

—Pero quizá alguien lo vio. ¿Recuerdas quién había en el bar?

Percy le dirigió una mirada asesina.

—Hombre, sí —asintió—. Precisamente, iba anotando para la pequeña historia de mi negocio. Veamos, estaba Jane Fonda, el presidente de los Estados Unidos, Papá Noel, el Ratón Mickey…

—¡Oye, menos guasa…!

—¡Tú sí que estás de guasa! —explotó Percy—. ¿Cómo quieres que sepa quién estaba aquí si no sé a qué hora dejaron ese maldito paquete?

—Está bien, está bien, cálmate. Pero irás preguntando a tus clientes si alguien vio al que lo dejaba, ¿eh, Percy?

—Iré preguntando… —se resignó este, suspirando—. ¿Qué vais a tomar?

—Nada.

—¡Como nada…! ¿Para qué estoy yo aquí entonces?

—Yo, champán —rio Melissa—. Wade paga.

—Nada de champán —negó Wade—. Soy un dibujante, no un editor.

—¿Dibujante? —se maravilló Melissa—. ¿De verdad?

—¿Qué pasa? —la miró agresivamente Wade—. ¿Tengo cara de mentiroso?

—De mentiroso, no, pero… quizás seas un poco fantástico.

—¿Fantástico yo? ¿En qué?

—¿Quieres que hables de ratas? —propuso ella.

—¿De ratas? —respingó Percy, que iba mirando a uno y a otra como fascinado—. ¡Coño, qué asco!

—¿Qué es lo que te da asco? —lo miró atónito Wade.

—¡Las ratas! ¡Las ratas, he querido decir las ratas! ¿Os vais a poner a hablar de ratas?

—Podríamos hablar de dibujo —dijo Melissa—. ¡A mí me encantan los artistas!

—¿En serio? —comenzó a babear Wade—. ¿Qué opinas de los dibujantes, así, a palo seco?

—Oh, son maravillosos. ¿Qué clase de dibujos haces?

—Todos. Bueno, más que nada hago ilustraciones interiores de revistas, y portadas… ¿Qué estás mirando tú?

Percy parpadeó y pareció despertar.

—Me encanta escucharos… —suspiró—. ¿Champán para dos?

—Champán para dos —asintió Wade—. ¿Acaso eres sordo? ¿No habías oído a la señora Pitts?

—La señora Pitts —respingó de nuevo Percy, moviendo la cabeza—. Es un placer conocerla, señora Pitts.

—Lo mismo digo —se echó a reír Melissa—. ¡Seguramente nos iremos viendo con frecuencia a partir de ahora, Percy!

—Oh, qué sorpresa —puso los ojos en blanco Percy—. Champán para dos. Mmm… ¿Divorciada?

—No, qué barbaridad.

—Cierto. Champán para dos.

—Si no le molesta —contuvo ahora la risa Melissa.

—Lo único que me molestaría es que llegase el tercero. Es que no tengo más bar que este, ¿sabe?

—Tranquilo. Mi marido ya debe estar durmiendo.

—Sí —dijo Wade—, es un buen muchacho.

—Ya. Champán para dos.

—¡Como vuelvas a decir eso de champán para dos…!

Eran casi las once y media cuando la señora Pitts y el señor Rittman salían del bar Percy. Se habían bebido dos botellas de champán, la segunda con ayuda de Percy y otro amigo de Wade. Este conservaba todo su juicio, pero Melissa estaba alegre como la mismísima risa, y le relucían los ojos. Salió abrazada a la cintura de Wade, que habría dado cualquier cosa para que lo tragara la tierra.

—Me parece que a tu marido no le va a gustar verte llegar así —dijo no poco preocupado.

—¿Así? ¡No estarás sugiriendo que estoy borracha!

—No, eso no, pero alegre ya lo creo que lo estás.

—Yo siempre estoy alegre. Y hoy más que nunca. ¿Sabes por qué?

—No, no lo sé. Ahí tengo el coche. Te llevaré.

—¿No quieres saber por qué estoy alegre?

—Sí, mujer, pero dímelo en el coche, camino de tu casa.

—¡Que te crees tú eso! Esta noche no vuelvo a mi casa. Quiero pasar la noche contigo.

—Ni hablar de eso.

—Ya lo creo que sí. O me llevas a tu apartamento o empiezo a gritar como una loca diciendo que has querido violarme en la calle.

—Bueno, Melissa, ya está bien.

—Este hombre es tonto —se plantó la pelirroja ante Wade—. ¿Es que no te has dado cuenta de cuánto, cuantísimo me gustaste en cuanto te vi?

—No, no me había dado cuenta. Mira, Melissa, el champán…

—¡Pero qué champán ni que nada! Estoy alegre porque me gustas un horror, y tú y yo vamos a ser felices de muerte. ¿A que sí, pichoncito mío?

—Ay, Dios —se llevó Wade las manos a la cabeza—, ¿qué hago yo ahora?

—Acabo de encontrar al hombre de mi vida… —dijo Melissa; y dio una vuelta sobre sí misma en la solitaria acera—. ¡Viva el hombre de mi vida! ¿Verdad que eres el hombre de mi vida? ¡Di que sí, pichoncito mío!

—Sí, mujer, sí, soy el pichoncito de tu vida… Anda, vamos al coche.

—¡No quiero hacerlo en el coche, quiero hacerlo en la cama!

—¡Ssst!

—Nada de «¡Ssst!», so pelmazo. ¡Quiero subir a tu apartamento! ¡Y no me hagas gritar!

—No, no —casi sudaba Wade—. No grites, ya te oigo, mujer, ya te oigo. Vamos a subir a mi apartamento, de acuerdo. Está aquí mismo. Tranquila, ¿eh? No grites.

—No grito… —Melissa se llevó un dedo a los labios—. ¡Ssst!

—Santo cielo —gimió Wade.

Ella se abrazó de nuevo a su cintura. Entraron en el portal. Ascensor. Puerta de apartamento. Apartamento. Dormitorio de apartamento. Melissa, que iba riendo y haciéndole gracias y manolas a Wade, lanzó un gritito de auténtico entusiasmo que fue una filigrana.

—¡Pero qué cama tan hermosa! —exclamó—. ¡Voy a probarla!

—Espera, espera…

—¡Que no!

Melissa saltó encima de la cama, rebotó varias veces riendo, y por fin se dejó caer en brazos de Wade, que iba de un lado a otro

para recogerla cuando cayese, cosa que no sucedió. Se la encontró una vez más en los brazos, pero ella se desasió y a toda prisa se desnudó. Visto y no visto. En un periquete la señora Pitts quedó en cueros vivos…, y Wade Rittman quedó que si le pinchan no le sacan sangre. Solo pudo balbucear:

—Dios bendito.

—¿Te gusto? —se puso en plan perverso Melissa.

Wade tragó saliva. Era el cuerpo de mujer más espléndido que había tenido jamás a su alcance. Cuerpos como el de la señora Pitts solo se veían, y de cuando en cuando, en las revistas especializadas de más alta calidad.

Y lo que le estaba pasando a él seguro que no le había pasado a nadie más. Bueno, si acaso a muy pocas personas.

La cosa alcanzó su grado máximo de riesgo cuando, ya desnuda, la señora Pitts se colgó del cuello de Wade y pidió, con voz cachonda superlanzada.

—Y ahora, tío bueno, ¡muérdeme la boca!

Le obligó a bajar la cabeza, y le besó en la boca, fuertemente. Wade no sabía qué hacer con los brazos, así que rodeó con ellos a la muchacha. Quizá fue una adivinación por su parte. Y muy oportuna, porque de repente, Melissa se relajó, la cabeza le colgó hacia un lado, y Wade Rittman se la encontró dormida colgando de sus brazos.

—¡La madre que te parió! —aulló—. ¿Qué hago yo ahora?

Capítulo IV

CUANDO detuvo el coche delante de la tienda llamada Jesting Aside, Wade Rittman estaba de un humor pésimo. Cualquiera que hubiera visto su cara en aquella hermosa mañana habría pensado que se proponía matar a alguien.

Y es que no había para menos. Se le había dormido en brazos la tía más buena del universo mundo, ¿y qué había hecho él? Pues, la había colocado en la cama como si fuese una niña y él se había ido a dormir al sofá. Para matarse a bofetadas, vamos. Y encima, aquella mañana, cuando la fue a ver antes de escaparse de su apartamento, ella estaba todavía más guapa que por la noche, retorcido el juvenil cuerpo con las sábanas, la cabellera convertida en una hoguera de locura, los pechos sonrosados y…

Sacudió la cabeza. Bueno, qué demonios, había hecho bien en largarse. Cuando ella despertase que se las arreglase como pudiera. Que fuese ella quien llamara a su casa, y que intentase convencer al abuelo de la pipa. Que no lo convencería, claro. O sea, que el abuelo de la pipa creería hasta la muerte que aquella noche él se había regalado con su esposa.

«Toma; y yo también lo creería. ¡Seré imbécil!», pensó.

Salió del coche y entró en la tienda llevando en una mano el envoltorio que contenía la caja con la cabeza goteante. Desde detrás del mostrador un sujeto menudo, melenudo y con cara de sátiro le contemplaba como si le estuviera viendo algo gracioso.

Wade colocó el paquete sobre el mostrador, y preguntó:

—¿Quiere que le parta la cara?

—No, señor —respingó el hombre.

—¡Pues escupa esa mierda de sonrisa que tiene en ella! ¿*Okay*?

—Solo… pretendía ser amable y desearle buenos días, señor.

—¿De veras?

—Se lo juro. ¡Oh, bueno, usted debe ser uno de los buenos

bromistas de la ciudad…! ¿A que sí?

—¿A que no, so capullo? —gruñó Wade; desenvolvió el paquete y dejó abierta la caja y visible la cabeza dentro de ella—. Creo que esto fue vendido aquí.

—Sin duda, señor.

—¿A quién? ¿Podríamos saberlo?

El sujeto, que iba poniendo cara de preocupación ante el evidente mal talante de Wade, alzó la caja que contenía la cabeza, miró la base, vio la etiqueta en la que Wade no había reparado, y dijo:

—Sí, porque fue pedida por teléfono. Y además, la llevé yo mismo. La madre de mi ayudante hace unos días que está enferma, y tengo que hacerlo todo yo solo.

—Ya. ¿Adónde la llevó usted?

El nombre sacó una libreta de un estante de debajo del mostrador, la abrió, y leyó precisamente la última anotación:

—Al bar de un tal Percy; 885, Euclid Avenue, a nombre de un tal señor Wade Rittman.

—Muy bien. Pero… ¿por qué la llevó usted?

—Me la pidieron por teléfono. Me dijeron que me enviarían el cheque por correo, que se trataba de una broma urgente, para anoche mismo. Bueno, no es que yo sea un ingenuo, pero total, estropearle a unos muchachos la broma por no fiarme de ellos. Además, solo vale cuarenta y nueve noventa. No es ninguna fortuna, ¿verdad?

—No. ¿Quién la compró?

—Ya le digo: el señor Wade Rittman. ¿Es usted de la policía, pasó algo… chocante?

Wade miraba atónito al hombre de risa latente. Le parecía estar en un insólito mundo de fantasía rodeado de caretas, artículos de broma, globos, farolillos chinos, cometas, petardos, cohetes… La tienda era el sitio más curioso en que Wade había estado jamás, y normalmente se habría divertido mucho echando un vistazo. Pero ahora estaba embotado.

—¿El señor Rittman le compró esto por teléfono? —murmuró por fin.

—Así es.

—¿Y cómo sabe usted que era el señor Rittman?

—¡Toma, porque él me lo dijo!

—Claro. Le dijo que era Wade Rittman, ¿eh?

—Exacto.

—¿Qué voz tenía? ¿Como la mía?

—Pues no lo recuerdo muy bien… Bueno, más o menos. Oiga, ¿ha ocurrido algo que lamentar? Mire, yo fui allá, vi al camarero ocupado, y dejé el paquete. Es que me estaban esperando, ¿sabe? Normalmente no llevo recados pero me sabía mal aguarle la fiesta a nadie. Yo vivo de la gente que compra estas cosas, de la gente con sentido del humor… ¿Hice algo mal?

—No… —susurró Wade—. No, señor, al contrario, es usted una buena persona, señor…, señor…

—Kenshaw.

—Señor Kenshaw. Bien, ha dicho usted cuarenta y nueve noventa, ¿no es así? Cóbrese.

Colocó tres billetes de veinte dólares sobre el mostrador. El propietario de Bromas Aparte negó con la cabeza.

—No, no, el señor Rittman me enviará un cheque, seguro.

—No se lo enviará, créame. ¿A qué ahora le llamó el señor Rittman?

—Déjeme recordar… Serían más o menos las cuatro y media de la tarde… Sí, sobre las cuatro y media.

Wade reflexionó calmadamente. A las cuatro y media de la tarde él estaba en su apartamento, seguro. Segurísimo. Pero… ¿qué estaba haciendo? Hasta entonces, si le hubieran preguntado, habría dicho que había estado trabajando, más que nada para olvidar el incidente matutino de la rata y la señora Pitts. Sí, habría jurado que había pasado la tarde trabajando…

—¿Señor? ¡Señor!

Se sobresaltó. El hombrecillo estaba frente a él, tendiéndole el cambio, y le miraba visiblemente preocupado; casi asustado.

—¿Eh? —musitó Wade.

—Su cambio, señor. ¿Es usted amigo del señor Rittman?

—Sí… Sí, muy amigo. Gracias por todo, señor Kenshaw.

Se guardó el cambio, recompuso el paquete con la caja y la cabeza, y salió de la tienda. Se dio de manos a boca con Melissa, que llegaba corriendo, y que exclamó:

—¡No has debido hacerme esto!

—Oye, que no te hice nada —gruñó Wade—. Todo te lo hiciste tú, y luego te quedaste dormida como una marmota.

—Pero si no hablo de eso. ¡Me refiero a lo de marcharte sin despertarme! ¡Yo quería venir contigo aquí!

—Pues ya ves. Oye, ¿y cómo sabías que había venido aquí?

—Era de suponer. ¿Qué has podido saber?

—¿Has llamado a tu casa? —gruñó Wade, abriéndole la portezuela del coche.

—Sí, ya está todo arreglado.

Ella se metió en el coche. Wade se quedó de piedra. Cerró la portezuela, se sentó ante el asiento, y arrancó. Miró a Melissa.

—De modo que ya está todo arreglado, ¿eh?

—Sí, Llamé a mi marido en cuanto me desperté, y le dije lo que había ocurrido. Se hizo cargo. Me espera para almorzar juntos.

—Te espera para almorzar juntos… —nadaba en asombro Wade —. ¿Armado o desarmado?

—¡No seas tonto! —rio Melissa—. ¡Le he dicho que no había nada que debiera preocuparle, y ya está!

—Estabas trompa como un lagarto fumador —gruñó Wade—: ¿cómo sabías que no había pasado nada entré tú y yo?

—Acabas de decirme que no me hiciste nada.

—Puedo estar mintiendo.

—Claro que no.

—¿Estás segura? —sonrió perversamente Wade—. Puedo estar mintiéndote en esto y en alguna otra cosa.

—No lo creo… No. Claro que no. No lo hiciste, ¿verdad? No creo que lo hicieses. Claro que no. No, ¿verdad?

—Lo hice. Gocé como nunca de la vida. Ya te dije que estás de muerte. ¿Qué podías esperar? ¿Que me comportase como un tonto?

—¡Nunca creí que una persona como tú pudiera hacer una cosa semejante, aprovecharse de una pobre muchacha embriagada! —protestó casi a punto de llorar Melissa.

—Pues ya ves. Y ahora… ¿qué hacemos? Supongo que no querrás saber nada más de mí, después de que anoche te usé a mi gusto y antojo. ¡Y cómo te usé, caray…!

—¡Wade! ¡Para el coche! ¡Para o me tiro en marcha!

—Te dejaré en una parada de taxis. Aunque si quieres te dejo en tu casa. Supongo que tu marido no estará a estas horas, y

podríamos… reanudar la sesión sexual de un modo más satisfactorio para ambos, no para mí solo.

—¡Eres repugnantemente abominable!

—Repugnantemente abominable —se pasmó Wade—. Y tú eres muy expresiva, cariño. Bueno, decídete: ¿te dejo en una parada de taxis, aquí mismo, o en tu casa?

—¡Aquí mismo…! Un momento… —Melissa pareció regresar a la realidad—. ¡Todavía no me has dicho qué ha pasado en la tienda!

—No he averiguado nada en absoluto. Bien, ya puedes apearte aquí mismo… —Wade había abierto la portezuela derecha casi echado encima del regazo de Melissa, que lo empujó enfadada al parecer—. Hasta la vista, señora Pitts. Y gracias por tus suculentas carnes.

Melissa Pitts se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos, ya incorporado Wade. De pronto, sin decir una sola palabra más, salió del coche y se alejó en dirección opuesta a la de la marcha que llevaba Wade.

Media hora más tarde, este localizaba en un listín telefónico la dirección actual de su amigo Orson Copley. Es decir, confiaba en que Orson Copley continuara siendo amigo suyo, pese a todo. La verdad era que no se había portado muy bien con Orson, no solo en la universidad, donde lo había hecho objeto de su indiferencia, sino después, cuando al terminar ambos su permanencia en la universidad, él dijo que prefería dedicarse al dibujo, lo que hizo con plena dedicación…, mientras el sesudo y siempre formal de Orson se lanzaba a su carrera de médico psiquiatra con todo entusiasmo. Es decir, así lo suponía, porque la verdad era que en más de cinco años no había visto a Copley. Ni siquiera se había acordado de él, esa era la verdad.

Entonces… ¿por qué de pronto se había acordado de Orson Copley?

Eran casi las once de la mañana cuando Wade entraba en el consultorio profesional de Orson Copley, donde fue recibido por una enfermera alta, rubia, espléndida, joven, preciosa, qué le dejó atónito. Aunque no era propiamente una enfermera, sino la ayudante y secretaria del doctor Copley, como se presentó ella misma ante la insistencia de Wade por ver cuanto antes al viejo Orson.

—Ya le he dicho, señor, que el doctor Copley está muy ocupado —insistió al borde de la irritación la encantadora rubia—. Dudo que pueda recibirle a usted hoy, pero si me dice su nombre y teléfono le pondré en la lista para…

—Está bien —gruñó Wade—, quería darle una sorpresa a Orson, pero ya comprendo que usted quiere estropearla. Dígale que Wade Rittman está aquí y quiere verlo inmediatamente. ¡Vamos, dígaselo, o le doy a usted un beso en el hociquito que se le van a borrar las pecas!

—Yo no tengo pecas, señor.

—Pues entonces le saldrán pecas. Oiga, usted no entiende: Oscar y yo somos amigos, y si usted le dice que Wade está aquí me recibirá. Es así de simple, bellísima.

—Sea tan amable de esperar unos minutos.

—De acuerdo —suspiró Wade—, seré amable.

Se sentó. La muchacha desapareció. Reapareció casi cinco minutos más tarde, mirándolo de modo diferente, casi sonriente.

—Sea tan amable de seguirme, señor Rittman.

—Seré tan amable de seguirla —dijo Wade, cansadamente.

Se había convencido ya de que mientras él todavía no había conseguido el gran triunfo, Orson sí lo había conseguido. Así es la vida: en la universidad él había sido el brillante, el guapo, el listo, el triunfador, pero ahora, en la vida, él todavía no había pasado de ser «uno de los mejores dibujantes», y en cambio Orson tenía un consultorio que hablaba por sí solo. En fin…

—Le he hecho esperar —explicó la rubia— porque el doctor Copley estaba atendiendo una paciente, y no podía dejarla a medias. Pero me advirtió que le hiciera pasar, colándolo por este pasillo, en cuanto se fuera la clienta.

—Usted también es amable —dijo Wade—. ¿Cómo se llama?

—Priscille. Priscille Penfield. Es aquí.

Le abrió la puerta, Wade sonrió en agradecimiento a su mediación, y entró en el amplio y lujoso despacho. Era impresionante. Al fondo Orson Copley, con los brazos abiertos. Al verlo, Wade tuvo que hacer un esfuerzo para contener la sonrisa de guasa. ¿Qué se había dicho siempre de Orson en la universidad…? Ah, sí: que tenía menos gracia que un pez en una jaula. Medía poco más de metro sesenta, ahora todavía era más gordito, sonrosado, se

estaba quedando calvo como un melón, y sus grandes ojos parecían más que nunca de lechuza fascinada.

—¡Wade! ¡No puedo creerlo, muchacho! —Orson Copley comenzó a abrazarlo y manosearlo—. ¡Cuándo Priscille me ha dado tu nombre he creído que me estaba gastando una broma!

—Pues ya ves que no… —correspondió aunque con escaso entusiasmo Wade a los abrazos y manoseos—. ¡Oye, se ve que te va divinamente!

—No puedo quejarme… —Copley le soltó, le miró y remiró frotándose las manos y riendo—. ¡Demonios, qué alegría verte, muchacho! ¡No pasa día que no te recuerde!

—¿De veras? —se sorprendió no poco Wade.

—Hombre, es un decir —rio Copley—, pero te recuerdo con muchísima frecuencia. Siempre fuimos buenos amigos, ¿no es cierto? Eso, que de cuando en cuando me hicieras alguna putada y no te hayas acordado de mí en mucho tiempo. Pero bueno, ya te has acordado, que es lo bueno. Sé que estás triunfando con tus dibujos.

—¿Triunfando? —rio Wade—. ¡Tú eres el más amable de todos en este lugar, Orson!

—¿Qué quieres decir? ¿No te va bien?

—Sí, sí, hombre, eso sí. Tranquilo, no vengo a darte un sablazo.

—No me importaría —parpadeó el renacuajo con los ojos de lechuza fascinada—, pero me alegra que todo te vaya bien. Escucha, hagamos una cosa: yo tengo todavía dos visitas más, pero si me esperas nos vamos por ahí a almorzar y cancelo las visitas de esta tarde para…

—Bueno…, la verdad es que me gustaría hablar contigo en el terreno profesional, Orson.

—¿Vienes a hablarme de dibujos? —se pasmó el menudo psiquiatra.

—No. Vengo a que tú me hables de psiquiatría.

Orson se quedó mirando fijamente a Wade. Por fin asintió, fue a sentarse tras su mesa, y se colocó unos lentes de gruesos cristales y enorme montura, que le hicieron parecer más que nunca una lechuza. El tamaño de los ojos parecía haber aumentado al doble, y permanecían fijos, hieráticos.

—De modo —susurró— que no te has acordado de mí como amigo; sino que andas en busca de un psiquiatra.

—Bueno, tampoco es así, caray —masculló Wade, sentándose frente a él al otro lado de la mesa—. Simplemente, de pronto, pensé en ti, te recordé no sé por qué, y pensé que quizá podrías ayudarme en una pequeña tontería que me está ocurriendo.

Orson miró su reloj de pulsera, efectuó cálculos mentales de tiempo, y dijo:

—Tengo dos visitas esperando que hace más de tres semanas pidieron hora. Luego había pensado salir a almorzar con Priscille, pero tratándose de ti te atenderé con esas dos visitas. Eso, si dispones de tiempo para esperar.

—Coño, no veo por qué tienes que enfadarte, Orson.

—No estoy enfadado. Solo decepcionado. Por el amigo habría hecho cualquier cosa, pero puesto que has venido en busca del profesional tendrás que esperar tu turno. Lo comprendes, ¿no es cierto?

—Desde luego —murmuró Wade—. Y esperaré. Gracias, Orson.

Capítulo V

—¿ESO es todo? —preguntó Copley cuando Wade dejó de hablar.

—Sí, todo. ¿Qué crees que puede ser todo esto, Orson?

Copley quedó silencioso, con la mirada perdida, como si los gruesos cristales de sus gafas la difuminaba. Eran unos ojos pavorosos, unos ojos enormes y fotográficos.

—¿Tienes enemigos? —preguntó de pronto el psiquiatra.

—¿Enemigos? ¿Yo? ¡Claro que no! Es decir, creo que no. Vaya, Orson, me conoces, nunca he hecho mal a nadie.

—Premeditadamente estoy seguro de que no —asintió Copley—. Pero a veces se hacen cosas malas sin querer, Wade.

—Que yo sepa no he hecho mal alguno a nadie. Pero claro, si te pones en ese plan tengo que admitir que haya podido pisarle a alguien el pie o le haya empujado en la cola para comprar el chicle.

—Tus bromas no van a ayudarnos para nada, ¿sabes?

—Bueno, de acuerdo, pero si esperas que yo recuerde haberle hecho algún mal a alguien estás perdiendo el tiempo. Ahora, si se trata de que sin querer he lastimado u ofendido a alguien, pues podría ser, supongo. Pero ni idea, vamos. De todos modos, ¿qué es lo que quieres decir? ¿Que para vengarse de mí alguien ha hecho todo eso, para asustarme o descentrarme?

—En todos estos años que no nos hemos visto me he dedicado a estudiar cosas que, como mínimo, te sorprenderían mucho, Wade. Digamos que me he interesado por ellas como… ampliación de mis estudios científicos. Te estoy hablando de magia, brujería, hechizos…, cosas de esas. Y no te rías, ¿de acuerdo?

—No me río —encogió los hombros Wade.

—Bien. Como ya veo que no recuerdas haber hecho mal a nadie, cosa que no me sorprende de ti, intentémoslo por otro lado: ¿cómo te va el trabajo, qué rivales o compañeros o colegas tienes? Y respecto a la vida privada, o amorosa, ¿qué me dices de ella?

¿Algún hombre se ha quedado plantado porque le has quitado a su novia, te has acostado con la mujer de alguien que físicamente no tenga la menor oportunidad de vengarse de ti? Ya me entiendes.

—Pues no sé… Que yo sepa no hay nada de eso, pero quizá si me detengo a reflexionar sobre ello encuentre… alguna cosa. ¡Maldita sea, Orson, no me vengas con eso de que me han echado maldiciones o hechizos! ¡Ya somos mayorcitos! Estoy seguro de que tiene que haber otra explicación, mucho más razonable.

—Precisamente, yo preferiría que fuese lo otro, lo de las maldiciones y hechizos.

—¿Qué quieres decir?

—Contra hechizos de cualquier clase se pueden buscar antídotos, y te aseguro que actualmente sé bastante de esas cosas. Pero contra lo otro…

Movió la cabeza. Ahora era Wade quien miraba a su amigo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es lo otro? —murmuró.

—¿Estás seguro de no recordar nada sobre la decapitación de la rata? ¿No quieres tomarte unos días para esforzarte en recuperar algún recuerdo?

—Creo que aunque me amenazaran de muerte no recordaría haber cazado una rata, haberle cortado la cabeza, y haber metido esta en una botella de leche. Tampoco el cuerpo en un bolsillo de mi chaqueta.

—Y naturalmente, insistes en que no fuiste tú quien llamaste a esa tienda de artículos de broma pidiendo que enviaran a tu nombre al bar de Percy esa cabeza de plástico.

—No, no fui yo. Al menos, no lo recuerdo, de ninguna manera. Además, el señor Kenshaw no estaba muy seguro de que la voz que hizo el pedido y la mía eran la misma.

—Las voces cambian un poco por teléfono. Hagamos una cosa: ¿por qué no llamas a esa tienda desde aquí, hablas con ese hombre, y le preguntas si ahora reconoce tu voz como la que hizo el pedido de la cabeza?

—Orson, yo no llamé.

—Escucha, si soy tu psiquiatra harás lo que yo te diga. Si no, me alegro de haberte visto y hasta otra. ¿De acuerdo?

—Está bien —farfulló Wade—, llamaré al señor Kenshaw.

Cuatro minutos más tarde, Wade Rittman colgaba lentamente el auricular del teléfono sobre la mesa de Copley, permanecía unos segundos como ausente del mundo, y, por fin, miró a su amigo. Este no le dio tiempo a decir nada.

—Ya he entendido que el señor Kenshaw ha reconocido tu voz.

—Alguien pudo… imitarla.

—Cierto —parpadeó lentamente Copley—, en cuyo caso estamos metiéndonos de lleno en algún caso retorcido de magia y brujería. Pero si partimos de la base que no tienes enemigos… ¿quieres que te diga la verdad, Wade?

—Naturalmente.

—Bien, podría tratarse de un caso de… tiempo muerto. Lo explicaré brevemente: tiempo muerto es aquel en la vida de una persona que no puede ser recordado por esa persona. ¿Nunca habías tenido alguna pequeña experiencia en ese sentido? ¿Nunca te había ocurrido que hacías algo sin darte cuenta?

—Claro que no.

—No tan claro —movió la calva cabezota el psiquiatra—. Eso puede ocurrirnos a todos, en mayor o menor escala. A veces se hacen cosas por inercia, por costumbre, y uno ni siquiera se da cuenta… Por ejemplo, si tú vas al lavabo a hacer tus deposiciones, es lógico que al terminar aprietes el botón del agua. Esto lo haces ya tan maquinalmente que si alguien te preguntase si lo habías hecho te sorprenderías, y dirías que sí; sin embargo, uno se olvida a veces de hacerlo y las más de las veces lo hace sin poner en ello una atención consciente. ¿Me comprendes?

—Claro. Pero una cosa es apretar un botón y otra cosa es cazar ratas para, cortarles el cuello. De eso me acordaría. Y además, ¿qué me dices de la cabeza goteante? ¿Para qué demonios me envié eso a mí mismo?

—No lo sé… todavía.

—¿Pero estás dispuesto a tratarme como si yo hubiera hecho todo esto?

—Mira, Wade, el tiempo muerto existe. Estas cosas pueden ocurrirle a una o dos personas entre un millón, pero ocurre. Si vas a tomar esto como algo personalmente contra mí, dejémoslo.

—¿Qué sugieres que haga?

—No te va a gustar, aunque se trate solamente de una prueba.

—Tú dilo, y ya veremos.

—Tienes que quedarte en tu apartamento durante veinticuatro horas seguidas, sin salir para nada, y cada hora ir apuntando lo que estés haciendo. Sin chistes: ya sé que si estás durmiendo no podrás apuntar eso. Pero mientras estés despierto cada hora apuntas lo que haces o has estado haciendo. Todo, Wade, absolutamente todo.

—¿Si voy al retrete también? —intentó bromear Wade.

—Ya veo que te lo tomas a broma.

—Todo eso del tiempo muerto me parece una tontería. Siempre he sabido lo que me hacía y cómo y cuándo lo hacía.

—Bueno, en ese caso no necesitas mis servicios. Me alegro por ti. Adiós, Wade, ha sido un plac…

—¡Coño, ya! —se enfadó Wade Rittman—… ¡Maldita sea, reconoce que es una tontería eso de que yo tenga tiempos muertos y me dedique a ir matando y decapitando ratas por ahí!

—A mí, el hecho de que vayas matando ratas me tiene completamente sin cuidado. Hay muchas ratas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que se pueden hacer otras cosas, aparte de matar ratas, durante los tiempos muertos.

Wade parpadeó. Se pasó la lengua por los labios. Se sentía obsesionado por los ojos de lechuza de su viejo amigo. Los tiempos muertos… ¿Qué otras cosas se podían hacer? Lógicamente, se podían hacer cualquier, cosa. Por ejemplo, abusar de una mujer dormida. Pero él no lo había hecho, estaba seguro; había querido gastarle una broma a Melissa, claro está. Sin embargo, ella lo había aceptado. ¿No era una tontería? Una mujer tiene que saber cuándo eso ha ocurrido realmente. Siempre hay indicios. Y Melissa Pitts lo había aceptado. Entonces… ¿él lo había hecho? ¿Había cometido tan abominable acto con una durmiente?

¿Y qué otras cosas podría hacer?

—De acuerdo —murmuró—. ¿Cuando empiezo?

—Ahora —dijo Orson Cople, mirando su reloj.

* * *

Hacia las seis de la tarde sonó la llamada a la puerta del apartamento, y, tras titubear, Wade se acercó, y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Wade, abre —reconoció en el acto la voz de ella.

—¿Y quién es yo? —gruñó.

—¡Haz el favor de abrir la puerta! —sonó enfadada la voz de Melissa.

—¿Vienes sola?

—¡Wade, abre!

Abrió. Melissa parecía realmente enfadada. Estaba más encantadora que nunca. Entró, cerró la puerta, y dijo:

—¿Se puede saber por qué no contestas al teléfono? ¡Creía que no estabas en casa!

—Pues si creías que no estaba en casa no entiendo por qué has venido —gruñó él.

—¡He venido porque se me ocurrió que podía haberte ocurrido algo!

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué podía haberme ocurrido?

—Pues no lo sé… —se turbó ella—. ¡Cualquier cosa!

—Pues no me pasa nada. Adiós, señora Pitts.

—¿Estás solo?

—Sí, estoy solo y muy ocupado.

Ella se quedó mirándolo largamente. Luego, sorprendiéndolo, se coló hacia el interior del apartamento. Wade salió a su persecución, pero ella llegó antes que él al dormitorio, al que echó un vistazo. La tormenta que se había gestado en su rostro desapareció.

—¡Pero bueno…! —bufó Wade—, ¿se puede saber qué significa esto?

—Significa que al verte en batín me pareció que estabas mintiendo.

—Bueno, ¿y qué, si te hubiera mentido? No tengo que darte cuenta de mi vida, ¿sabes? En primer lugar, yo soy soltero, así que puedo hacer lo que me dé la gana. Y en segundo lugar tú estás casada, así que aquí no tienes nada que hacer.

—Bu… bueno, yo… yo pensé… pensé que puesto que anoche… Me pareció que puesto que anoche ocurrieron las cosas de un modo… absurdo, tal vez podríamos… realizar la experiencia de un modo… adecuado.

—Realizar la experiencia. ¿Quieres, decir acostarnos juntos sin intervención del champán?

—Se me había ocurrido —sonrió Melissa.

—¿Se ha muerto tu marido?

—¡Claro que no! —respingó ella.

—¿Vas a divorciarte de él, entonces?

—¿Quieres tú que me divorcie? A mí me parecería una tontería, porque él tiene bastante dinero… No sé si me comprendes.

La tormenta apareció ahora en el rostro de Wade Rittman. De repente, asió a Melissa por un brazo, tiró de ella, la llevó al vestíbulo, abrió la puerta del apartamento, y la sacó de este de un último tirón.

—Adiós, mala pécora —gruñó.

—¡Wade! —exclamó ella sofocadísima—. ¡Creí que te gustaba!

—Me gustas a morir —masculló el dibujante—. A lo mejor hasta sería capaz de matar por ti, pero ¿sabes?, ¡nunca me gustaron las cerdadas!

Retrocedió y cerró la puerta, dejando a Melissa Pitts con la boca y los ojos muy abiertos, en el centro del pasillo. Wade estuvo escuchando tras la puerta hasta oír las pisadas de ella alejándose por el pasillo, primero despacio, como vacilante, y luego caminando con decisión.

«Esto debo haberlo hecho en un tiempo muerto —reflexionó Wade—, porque es imposible que lo haya hecho en un tiempo vivo. ¡No soy tan idiota!».

Regresó, al estudio, contempló el trabajo que estaba realizando, y luego el bloc que tenía al lado, y en cual, cada hora desde que había regresado del consultorio de Orson Copley iba anotando lo que hacía. Miró, su reloj, asintió, y se puso a escribir en el bloc:

«Son las seis y diez de la tarde. Melissa Pitts ha venido a proponerme que hagamos el amor, y la he echado del apartamento. Voy empeorando: ahora soy el tonto más gilipollas del universo. Paciencia».

Poco después, con un esfuerzo de voluntad, se aplicaba de nuevo al trabajo… Había decidido pasarse la noche despierto, trabajando. Esto le iría bien por dos motivos. Uno: se quitaría de encima el trabajo atrasado. Dos: podría anotar cada hora lo que hacía, estaría seguro de que hallaba despierto y haciendo lo que creía hacer. Y

ello porque había llegado a preguntarse si era sonámbulo.

Pronto lo sabría.

Capítulo VI

LA rubia y encantadora Priscille le llevó directamente al despacho de Orson Copley por el pasillo normal, es decir, por el de las visitas que no se colaban. No hacía falta utilizar el otro, porque no había paciente alguno esperando.

—¿Va mal el negocio? —preguntó festivamente Wade.

Priscille le miró, y no contestó. Le miró de un modo que a Wade le pareció raro, pero no tuvo tiempo de interesarse por la actitud de la muchacha, porque llegaron al despacho de Copley y ella abrió la puerta. Esperó a que Wade entrase y cerró, quedándose afuera. Orson Copley estaba sentado a su mesa, mirando seriamente a Wade, que señaló con el pulgar por encima del hombro.

—¿Le ocurre algo a tu preciosidad? Parece que haya pasado mala noche.

—Siéntate, Wade. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Tengo mucho sueño, pues me he pasado la noche trabajando, pero todo ha ido bien… —Wade se sentó en un sillón confortabilísimo—. Te traigo los apuntes de lo que he hecho cada hora, aunque no creo que sirva de nada, pues no hay nada digno de especial interés.

Deslizó por encima de la mesa los apuntes. Copley los tomó, los leyó, y en determinado momento alzó su mirada de lechuza hacia el dibujante.

—Dices que no hay nada de interés y en cambio te visitó tu amiga, la señora Pitts.

—Bueno, pero ya habrás leído que no pasó nada.

—¿Realmente ella fue a proponerte que hicierais el amor?

—Con toda claridad.

—Comprobaremos también eso. Mientras sigo leyendo, ¿quieres apuntarme la dirección y el teléfono de la señora Pitts?

—¿Qué es lo que tienes que comprobar? —se pasmó Wade—,

¿que ella vino a hacerme esa proposición, o que me visitó?

Copley no contestó, y continuó leyendo el informe de veinticuatro horas. Wade soltó un refunfuño. Consiguió papel y bolígrafo de sobre la mesa de su amigo, y anotó la dirección y teléfono de la «mala pécora» de la señora Pitts.

No había gran cosa que leer en el informe, así que Copley terminó pronto. Wade le tendió el papel, el psiquiatra lo miró, asintió, y volvió a mirar a Wade.

—No mencionas la salida de anoche —dijo.

—¿Qué?

—La salida de anoche no está anotada aquí. Y además, quedamos en que te pasarías veinticuatro horas sin salir de tu apartamento.

Wade Rittman creía estar soñando.

—He estado veinticuatro horas sin salir —dijo.

Copley se quedó mirándolo. Movió la cabeza, tomó un sobre de encima de la mesa, y lo tendió a Wade. Este lo tomó, lo abrió, y sacó varias fotografías. Eran todas de él, saliendo de su apartamento, por supuesto vestido de calle. Miró a Copley todavía sin comprender.

—¿Qué significa esto? —musitó.

—Anoche, poco después de la diez de la noche, saliste de tu apartamento.

—¿Estás loco? ¡Te he dicho que no he salido en veinticuatro horas!

Copley pulsó una tecla del intercomunicador, y a los pocos segundos entró Priscille en el despacho. El psiquiatra preguntó:

—¿Nos hemos divertido usted y yo mucho esta noche, Priscille?

—Pues yo diría que no —negó la muchacha.

—Pues a lo mejor a mi amigo Wade encontraría divertido lo que hemos estado haciendo. ¿Quiere explicárselo, por favor?

—Bueno, hemos estado vigilando su apartamento. Primero los dos juntos, hasta que él salió y le tomamos las fotografías. Luego, cuando él regresó, usted dijo que no hacía falta que yo me quedara, pues no creía que el señor Rittman volviera a salir esta noche, y yo me fui a casa y usted se quedó. Debían ser las dos de la madrugada.

Wade Rittman la escuchaba como si aquella preciosidad fuera un bicho raro afectado, además de locura. Desorbitados los ojos,

miró acto seguido a Copley, que le contemplaba con insólita fijeza. Sus ojos parecían dos enormes huevos fritos tras los cristales de las gafas.

—Eso no puede ser… —susurró Wade—. ¡No salí!

—Saliste. Y estuviste fuera unas tres horas y media, aproximadamente. Priscille y yo no pudimos seguirte, porque saliste a pie, y nosotros cometimos el error de ir con el coche. Cuando nos dimos cuenta de que si no queríamos perderte debíamos continuar a pie detrás de ti, ya no había modo de alcanzarte. Así que volvimos, nos instalamos frente a tu apartamento, y esperamos tu regreso. Entonces, ella se fue a descansar, y yo he permanecido allí hasta hace media hora. He tenido el tiempo justo de cambiarme de ropa, afeitarme y… esperar tu informe…

—Orson…, Orson, ¡te juro que no salí!

Copley torció el gesto.

—Y yo te juro que sí —dijo, como cansado—. Wade, ¿crees que habría hecho lo mismo por cualquier otro paciente? Muchacho, me he pasado la noche en vela por ti, te he puesto en las manos unas fotografías tuyas saliendo del edificio donde vives, Priscille estuvo conmigo… ¿Debo entender que crees que nosotros nos hemos inventado todo esto?

—Pe… pero, yo… yo no salí… —jadeó Wade—. ¡No salí, Orson, te lo juro!

Copley no contestó. Su aspecto era entre inquieto y resignado. Wade miró a Priscille, que desvió la mirada.

—Pero… ¿cómo salí, qué., qué hice…? ¡No es posible! Escucha, lo tengo todo anotado ahí, hora por hora… ¡No he podido inventarme todo eso, y además recuerdo perfectamente que cada hora me decía a mí mismo que todo iba bien, que no había problema alguno…!

—Wade: todas las personas afectadas del lapsus del tiempo muerto dicen lo mismo. ¿Quieres que te preste un par de volúmenes que explican varios casos y todo lo relacionado con el tiempo muerto? Los puedes leer siempre que quieras, cualquiera los puede entender. Puedes llevártelos a casa si quieres, los lees, y esta tarde nos vemos.

Wade movió negativamente la cabeza. Sabía que no valía la pena molestarse. Orson nunca había sido embustero, y todavía

menos, tonto.

—No recuerdo nada de eso —susurró—. En cambio, recuerdo perfectamente lo que sí creo que estuve haciendo en casa. No recuerdo haber salido, y sí haber estado en casa. ¿Cómo se explica eso?

—Lo normal es que pretendas engañarte incluso a ti mismo.

Wade volvió a mirar las fotografías. Allá estaba él, saliendo del edificio. No había la menor duda. Luego se le veía de perfil, alejándose en dirección opuesta al bar de Percy. Luego cerca de la esquina. Finalmente, en la cuarta fotografía, doblando la esquina.

—Dios mío… ¿Qué podemos hacer, Orson?

Copley hizo un gesto ambiguo, y apretó los labios un instante.

—Bueno, vamos a intentar vencer eso, Wade, naturalmente.

—Pero… ¿cómo? Y… ¿qué puede ocurrir mientras tanto, qué puedo hacer…, qué estuve haciendo anoche por ahí, no sé por dónde, durante tres horas y media?

Melissa Pitts entró en el garaje anexo a su casa ya sin cuidado alguno. Por la mañana, su madre había encontrado forzada la puerta de atrás, la que daba al jardín directamente, y eso les había alarmado a todos en el sentido de que un ladrón había estado haciendo de las suyas durante la noche.

Sin embargo, no habían echado a faltar nada. Al menos, nada que fuese importante. Estaban allí los tres coches, las herramientas en su sitio, todo en orden. La conclusión a que llegaron todos fue que el ladrón se había asustado por algo y había huido sin haber tenido tiempo a nada. Ni siquiera habían avisado a la policía, no valía la pena.

Así que, ya no solo tranquila, sino incluso olvidada del pequeño incidente, Melissa Pitts sorteó el coche grande, llegó junto al suyo, abrió la portezuela, y se sentó ante el volante, absorta, con movimientos mecánicos. Iba pensando en visitar a Wade Rittman de nuevo para decirle…

Todo el salpicadero del coche estaba lleno de manchas.

Grandes manchas oscuras, como enormes gotas caídas de gran altura, reventadas por el fuerte impacto. Lo cual era absurdo, por supuesto. Pero esa fue la impresión que le produjeron aquellas enormes gotas.

Grandes, enormes gotas, manchurrones de algo oscuro.

Todavía como ausente, extendió una mano y tocó las manchas.

Algunas de ellas todavía tenían un tacto líquido, las más grandes y abundantes. Las más pequeñas parecieron como tierra seca o algo así. Pero las más grandes todavía conservaban una cierta fluidez, una cierta liquidez.

Y el color oscuro parecía rojo. Sí, rojo. Un rojo denso, oscuro, pero rojo…

Como de sangre.

Se frotó la yema de un dedo contra la del otro. El contacto era viscoso.

Todavía desconcertada, alzó la mirada, que fue a parar casualmente al espejo retrovisor. Entonces vio que había algo en el asiento de atrás. Y, al mismo tiempo, se daba cuenta, ya plenamente consciente de ella y de sus actos, de que se había sentado encima de algo.

Metió la mano bajo ella. Agarró lo que había en el asiento y lo retiró. Lo miró.

Era una cabeza de gato con los ojos reventados.

Ella, Melissa Pitts, estaba sosteniendo ante sus ojos una cabeza de gato con los ojos reventados, convertidos en dos horrendos cráteres diminutos por donde había brotado la sangre y quedaba ahora algo parecido a lava seca y amarillenta.

Una gruesa y densa gota de sangre se desprendió lentamente de la base, del cuello del gato, y cayó, sobre la falda de Melissa, que la miró. Como si estuviera siendo presa de una parálisis progresiva, Melissa apartó el brazo hacia el otro asiento, y dejó caer en este la cabeza del gato, que rebotó sobre un montón de vísceras.

El grito parecía haberse convertido en un enorme nudo tangible en la garganta de Melissa Pitts. Un nudo brutal, que se había estancado allí, que no podía deshacerse, ni subir, ni bajar. Contemplaba con los ojos desorbitados las vísceras del gato, esparcidas por el asiento contiguo al suyo. Las largas tripas, el corazón, el hígado.

Estaba paralizada por el asco, las náuseas y el espanto, pero al mismo tiempo escalofriantemente consciente ahora de lo qué estaba haciendo. Incluso recordó que había visto algo en el asiento de atrás, algo que no debía estar allí, algo que le había llamado la atención.

Sintiendo como si cada articulación fuese de hielo y se hubiera de romper al moverse ella, fue girando, hasta poder ver lo que había en el asiento de atrás. Era el cuerpo del gato, a medio despellejar, y como aplastado, como si desde lo alto le hubiera caído en la columna vertebral, una tonelada de acero.

El techo del automóvil, bellamente tapizado de blanco, estaba lleno de manchurrones de sangre. Se veían señales de unas manos que habían dejado alargadas estrías de los dedos e incluso de la palma completa, como si hubieran querido componer un cuadro extraordinario. Pavorosamente extraordinario. Y lo habían conseguido.

El grito estaba ya en los labios de Melissa cuando su madre se asomó al interior del coche tras abrir la portezuela del otro lado.

—¿No me oyes? —protestó—. ¡Te llaman al tel…! ¡Dios mío!

El grito comenzó a brotar de los labios de Melissa Pitts. Pero ya no gritó sola: su madre la acompañó, en una escala musical tremolante, aguda, plena de palpitantes vibraciones…

* * *

A otro lado del teléfono, Orson Copley se impacientaba. Sentado frente a él, Wade Rittman le contemplaba sobriamente, alternando la visión de su amigo con la contemplación de las fotografías que este le había tomado la noche anterior.

¿Adónde había ido, qué había hecho? Había estado fuera de su apartamento tres horas y media… Pero ¿dónde, con quién, qué había estado haciendo?

—Algo está, pasando… —dijo Copley, al límite de la paciencia —. Me han dicho que iban a buscar a Melissa Pitts, pero por el tiempo que llevo esperando deben haber ido a buscarla al Polo Sur. Lo mejor será que vaya personalmente a hablar con ella.

Colgó el auricular del teléfono y se puso en pie. Wade le imitó rápidamente, guardándose las fotografías en un bolsillo de la chaqueta, y diciendo:

—Yo voy contigo.

—Tal vez sería mejor que no, Wade.

—¿Por qué? Te aseguro que no te he mentido en nada referente a la señora Pitts.

—No he querido decir eso. Sé que no me has mentido…, al menos, conscientemente. Pero dadas las circunstancias, Wade…, ¿te sorprenderías mucho que hubieras ido a verla a ella durante el tiempo muerto de esta noche?

—No —tragó saliva—, no me sorprendería nada. Estoy loco por ella, Orson.

—No me parece una expresión muy afortunada, francamente, Wade… —gruñó Copley—. ¡Maldita sea, debiste acostarte con ella por la tarde cuando te visitó, y así yo estaría ahora más tranquilo! Bueno no perdamos más tiempo conversando. ¡Vamos allá!

Llegaron en poco más de diez minutos, y, todavía a más de cien yardas, divisaron los dos coches de policía y la multitud de curiosos, frente a una de las casa; todo mucho más insólito considerando que aquella zona de la ciudad era de las más tranquilas.

—¡Oh, no! —gimió Wade.

—¿Es en la casa de ella? —murmuró Copley.

—Sí… Algo ha ocurrido.

—Pues lo que sea que haya ocurrido ha tenido que ser después de que yo llamara por teléfono, así que no te preocupes. Cuando yo he llamado me han dicho que creían que sí estaba en la casa, que esperase un momento…

—Y han encontrado algo que les ha hecho olvidarse de que tú esperabas al teléfono.

—Sí… Eso parece. Tranquilízate.

Copley detuvo el coche lo más cerca posible de la casa de Melissa, se apearon ambos, y se dirigieron hacia la casa. Uno de los policías de uniforme les impidió la entrada, moviendo negativamente la cabeza cuando Wade dijo que era amigo de la señora Pitts, haciendo lo mismo cuando Wade preguntó qué ocurría, y titubeando cuando Copley le dijo que era médico psiquiatra y que si precisaban sus servicios para cualquier cosa los prestaría con muchísimo gusto.

—Esperen un momento, por favor.

El policía entró en la casa. Salió un par de minutos más tarde, acompañado de un hombre de paisano que se le acercó a ellos contemplándolos atentamente, en especial a Copley.

—Soy el teniente Carroll —se presentó—. Estamos esperando personal adecuado para atender esto, pero no vemos inconveniente en aceptar por el momento su amable ofrecimiento, doctor…

—Copley: Orson Copley. Mi amigo, el señor Rittman, me acompaña.

—Sí, entiendo —sonrió Carroll—. Vengan conmigo, por favor.

Capítulo VII

LA mujer que estaba sentada en el sofá de la sala junto a Melissa se parecía tanto a esta, salvando la diferencia de edad, que Wade y Orson comprendieron en el acto que era su madre. Había con ellas un par de vecinas y dos policías más, vestidos de paisano, pero Wade no vio por parte alguna al abuelo fumador de pipa, lo que le tranquilizó en parte. Algo era algo.

Melissa le vio, y no hubo nadie de los presentes que dejara de darse cuenta del respingo de la muchacha al fijar su mirada en Wade Rittman, por lo que todos le miraron también, incluido, naturalmente, el teniente Carroll.

Hubo un instante de tensión y desconcierto. Parecía como si el aire hubiese quedado congelado. Por fin, Carroll dijo:

—El doctor Copley se ha ofrecido por si necesitan sus servicios, señora Pitts. En cuanto al señor Rittman —miró ahora a Wade— asegura ser amigo de usted.

Melissa se puso repentinamente de pie. Estaba pálida y evidentemente todavía asustada; incluso parecía que había llorado. Pero su recuperación saltaba a la vista.

—El señor Rittman es amigo mío, en efecto, teniente. Precisamente, teníamos que vernos hoy.

—Ah. De acuerdo. En ese caso es el doctor Copley quien puede calificarse de acompañante… —Carroll sonrió—. Un acompañante que nos viene como anillo al dedo.

—Bueno —sonrió con gesto de lechuza simpática Orson—, me ayudaría mucho saber qué ha ocurrido, francamente.

—Mamá y yo hemos tenido… un ataque de histeria, o algo así —dijo Melissa—. Pero ya estamos bien las dos.

—Lo celebro mucho —dijo un poco pasmado Orson—. Pero… ¿avisaron a la policía porque tenían un ataque de histeria?

—Usted también lo habría tenido —saltó la madre de Melissa—.

¡Y también habría llamado a la policía si hubiera visto lo que hemos visto nosotras!

—No lo dudo, señora —admitió Orson—, pero… ¿qué vieron?

—Vengan conmigo —dijo Carroll.

Salieron de la, casa, cruzaron el vestíbulo, y el policía señaló una puerta a la derecha de este. Traspuesta la cual se encontraron en el garaje anexo a la casa. Carroll señaló uno de los coches, y los tres se encaminaron hacia él. Tras ellos apareció en el garaje Melissa, que se quedó mirando fijamente a Wade. Este y Copley, a un gesto de Carroll, miraron en el interior del coche. Copley sacó la cabeza casi enseguida, con una incontenible expresión de sobresalto en su redondo rostro. Wade tardó bastante más. Estaba lívido. Su mirada fue hacia Melissa, que seguía mirándole fijamente.

Y Wade comprendió: la muchacha creía que aquello lo había hecho él.

Y quizá sí lo había hecho. Quizá había dedicado a aquello las tres horas y media de tiempo perdido en la noche anterior; vamos, sin quizá: lo había hecho. ¡Dios!

Melissa seguía mirándole. ¿Por qué no le denunciaba? ¿Qué estaba esperando para decirle a la policía que él se dedicaba a cortarles la cabeza a las ratas… y ahora a los gatos…, y que le gustaba comprarse juguetes «de broma» tan simpáticos como una cabeza humana reducida y que goteaban sangre?

Como de muy lejos había oído la voz del teniente Carroll preguntándole a Copley qué opinaba de aquello. Miró de pronto a Copley, sobresaltado. Según lo que dijera Orson él iba a ver complicada su vida de un modo que jamás habría imaginado.

Pero Orson Copley, que había bajado su cabezota, no decía nada. Pensaba. Meditaba. Reflexionaba. Por fin, murmuró, sin mirar a nadie:

—Bueno, evidentemente esto lo ha hecho una persona que precisa de ayuda psiquiátrica, teniente.

—Ya, ya. Un loco.

—No diría yo tanto —se inquietó Copley—. Vamos a dejarlo en lo de que necesita ayuda psiquiátrica. En mi opinión hacer una cosa así refleja un estado mental digamos… un poco desordenado. Son cosas que pueden hacerse en pequeños lapsus de conciencia.

—Usted lo ha dicho de otra manera —sonrió Carroll

ceñudamente—, pero ha dicho lo mismo que yo: el tipo que ha hecho esto está majareta. ¡Como una cabra, qué demonios!

—Digamos —definió escrupulosamente Copley— que ha pasado por un estado mental transitorio de confusión o quizá de pérdida de conciencia, de… control. No debemos preocuparnos.

—¿Que no debemos preocuparnos? —exclamó Carroll—. ¡Oiga, un tipo así puede cometer cualquier barbaridad en cualquier momento! Si pierde la conciencia o el control puede hasta cortarle la cabeza a un bebé, ¿no es cierto?

—No hay que exagerar —murmuró Copley.

Melissa Pitts se echó a llorar de pronto. Wade la miró con los ojos casi fuera de las órbitas, y pálido como un muerto. El teniente Carroll miró a Copley y señaló a Melissa con la barbilla. Copley asintió, se acercó a la muchacha, y la sacó de allí. Carroll miró a Wade, que parecía totalmente una estatua de yeso.

—¿Se encuentra mal, señor Rittman?

—Pues, francamente, creo que… que sí, un… un poco…

—Lo comprendo. Lo extraño sería que una persona no se sintiera impresionado viendo esto y lo que puede, significar. Será mejor que volvamos con los demás… Quizá tengan un poco de *whisky* para usted.

—No… No quiero beber nada.

—A su gusto. ¿Vamos?

Regresaron a la sala. Melissa estaba de nuevo sentada junto a su madre, y Copley estaba hablando con las dos. Al ver a Carroll se acercó a él rápidamente.

—Como comprenderá, a mí me da lo mismo, teniente, pero no me parece necesario esperar a que llegue el médico de ustedes. Creo que debería autorizar que esas mujeres fueran inyectadas bajo mi prescripción. De otro modo, no respondo de otro ataque de histeria o de algo peor.

—No veo inconveniente alguno —se sorprendió Carroll—. Es más, le agradecemos mucho su interés y su intervención. Si extiende la receta, uno de mis hombres irá inmediatamente a buscar lo que sea.

—Lo que sea, no —gruñó Copley—. Un calmante, un sedante, eso es todo.

Diez minutos más tarde, cuando el agente que había ido en

busca del medicamento recetado por Copley estaba de regreso, llegaba también el médico de la policía, quien, tras una brevísima conferencia con Carroll y Orson Copley, y tras interesarse por el sedante, lo autorizó sin renuncia alguna. El propio Copley inyectó a las dos mujeres, mientras el médico de la Policía extendía su conversación con el teniente Carroll.

Copley terminó, sonrió afectuosamente a Melissa y su madre, y regresó junto al otro médico y Carroll. Una breve conversación y Copley se plantó ante Wade Rittman.

—Creo que deberíamos marcharnos, Wade. Ellas se relajarán ahora, descansarán, y la policía sabe todo lo que tiene que saber para emprender sus investigaciones. No tenemos nada que hacer aquí.

—Tal vez deberíamos esperar el regreso del señor Pitts…

Orson le dirigió una encubierta mirada colérica, y masculló por lo bajo:

—Maldita sea, ¡larguémonos! ¿Es que no lo entiendes?

—Pero… ¿Adónde vamos? ¿Qué podemos hacer?

—Despidámonos —insistió Copley, impaciente—. Luego ya veremos qué podemos hacer.

—Si a Melissa le da por decir lo de la rata y…

—No lo ha dicho, ¿verdad? Aprovechémonos de ello, salgamos de aquí, y déjame buscar con tranquilidad una solución a todo esto.

Poco después salían de la casa, llevando Wade como clavada la extraña mirada que le había dirigido Melissa Pitts en la despedida…, y la no menos extraña y reflexiva que le había dirigido el teniente Carroll.

Ya en el coche de Orson, este arrancó, y durante unos minutos condujo en silencio, como abstraído, reaccionando maquinalmente ante las situaciones del tráfico. Wade también iba pensativo. Estaba asustado, y era lógico. Habría tenido una cierta lógica que en el tiempo muerto de la noche anterior hubiera ido a casa de Melissa Pitts dispuesto a hacer el amor con ella, ya que la muchacha bien claramente había estado provocando esto. ¡Demonios, incluso había ido a su apartamento para pedirle que lo hicieran…!

¿O esto lo había soñado él, del mismo modo que había soñado que había permanecido en su apartamento trabajando toda la noche, cuando la realidad era que había salido en busca de un gato

para hacerlo trizas…? Cielos, ¿cómo había podido hacerle eso a un gato? El problema se planteaba tan solo al pensar en cómo atrapar a un gato. A menos que fuese un gato al que tuviera fácil acceso, el gato de algún amigo, que le conociera. ¿Podía haber estrangulado a un minino que confiara en él?

Aunque no es tan fácil estrangular un gato. ¡Seguro que no es nada fácil! Un gato al que estén estrangulando se defendería de tal modo que arrancaría pedazos de carne de su asesino…

Miró de pronto a Copley, esperanzado.

—¿Cómo demonios pude matar un gato? —susurró.

—¿Recuerdas haberlo hecho? —respingó Copley.

—Claro que no. Pero, evidentemente, lo hice, ¿no? Y me pregunto cómo. No es nada fácil, me parece a mí.

—Depende. Se le puede envenenar, sin riesgo alguno.

—¡Maldita sea!

—Tranquilízate, lo mejor sería que te retirases de la circulación por unos días mientras yo intentaba encontrar alguna explicación o solución a todo esto. No sé, pero me pareció que la señora Pitts te miraba de un modo raro… ¿Estás seguro de que la conociste en el supermercado cuando fuiste a protestar por lo de la cabeza de rata en la botella de leche?

—Claro. Es decir, estaba seguro hasta ahora… ¿Qué estás tratando de decir?

—Es que te miró de un modo raro, no sé… Y esa insistencia en estar cerca de ti me sorprende bastante. Lo mejor sería que te estuvieses en tu apartamento quietecito mientras yo me hago un poco el tonto visitando de nuevo la casa de la señora Pitts y hago preguntas. ¿Dónde tienes tu coche?

—Cerca de tu consultorio. Fui allá en él antes, claro.

—Iremos a por él y volverás a tu apartamento…, pero esta vez no quiero qué te quedes solo. Y yo tengo cosas que hacer. Se lo pediremos a Priscille. Bueno, vamos a ir al consultorio, almorzamos algo allí, tomamos un trago y decidimos. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo, pero… ¿qué significa todo eso de la señora Pitts?

—No me hagas demasiado caso —encogió los hombros Copley —. A veces me guío por corazonadas, y esa mirada… Tú déjame hacer a mí, Wade. Lo peor que puede ocurrirte es pasar unas horas

en compañía de Priscille, lo que dudo mucho te resulte un castigo, ¿eh?

—No tengo ganas de bromas, Orson —masculló Wade.

—Yo tampoco —aseguró el psiquiatra—, pero no vamos a echarnos a llorar, ¿verdad? Bien, vamos a ver qué dice Priscille.

* * *

—Por mí no hay problema —dijo la encantadora Priscille, puesta en antecedentes de los deseos de Copley—, salvo el de dormir: no soy persona que resista muy bien el sueño, francamente.

—No habrá necesidad de sacrificios en ese sentido —dijo Copley —. Yo estaré en el apartamento de Wade para la hora de la cena, y seré yo quien se quedará a pasar la noche con él y usted podrá marcharse. Pero necesito estas horas de seguridad, de saber que Wade no se va a mover de verdad de su apartamento.

—Está bien. ¡Uf, me parece que he almorzado demasiado!

—No —sonrió divertido Copley—. Ese sopor que nota, querida, es más debido al martini y luego al vino que al almuerzo, que ha sido bien frugal… Creo que deberíamos tomar un café. ¿Será tan amable de prepararlo?

—Con mucho gusto.

Priscille se puso en pie, y Wade la miró, recreándose inconscientemente cuando ella caminó: tenía unas piernas y unas caderas sensacionales. Bueno, del mal el menos. A fin de cuentas, tampoco había cometido un asesinato, solo había matado un gato. Y una rata antes, claro. ¿Y por qué demonios había comprado aquella cabeza reducida que goteaba sangre…?

* * *

Despertó de pronto, y enseguida tuvo la primera sensación, que fue la de gusto de café. Ah, sí, el café.

Se movió un poco, y se dio cuenta de que tenía un peso encima,

y de que estaba tendido. Abrió los ojos, y al hacerlo se dio cuenta de que había despertado pero que no había abierto los ojos. Ahora sí los tenía abiertos, seguro. Seguro. Segurísimo. Tenía los ojos abiertos. Estaba viendo el techo.

Había tomado café, desde luego. Pero… ¿y después?

Estaba viendo el techo. Tenía un peso encima.

Forzó un poco el cuello para ver lo que tenía encima que le pesaba sobre el pecho. Tardó un poco en distinguir lo que estaba viendo. No era fácil de asimilar la imagen, porque era completamente inédita en su vida. Ya se sabe, a fuerza de ver una determinada cosa con frecuencia basta un solo y veloz vistazo para identificarla; pero, cuando algo se ve por primera vez hay que mirar muy atentamente, prestar mucha atención, fijar la imagen, identificarla.

Veamos: lo cierto era que estaba viendo mucho color rojo, y, entre tanto color rojo, estaba viendo un hermoso y blanco culo de mujer. Claro, esto no podía ser, ¡qué absurdo! ¿Qué podía hacer allí un culo de mujer? Era muy hermoso, de redondas nalgas, eso sí, pero claro, debía ser una ilusión óptica.

Sin embargo, todavía un poco más cerca que el trasero femenino, vio la lisa espalda, igualmente blanca, perfecta, bonita. O sea, aclarémonos se dijo: Allá abajo, el culo; más arriba, la espalda, preciosa, tersa. Muy bien, okay: resulta ahora que el peso que sentía sobre su cuerpo era el de una hermosa mujer que se había quedado sin duda dormida abrazada a él; desnuda, claro. Y en la cama. Estaba en su cama, en su apartamento, tendido boca arriba en su cama con una mujer desnuda abrazada a él.

¡Caray, estupendo! Debía haber estado haciendo el amor con ella, eso era lógico. ¡A ver…! No se iba uno a meter en la cama con una mujer que tenía una espalda tan recta y sugestiva y un culo tan precioso, para ponerse a hablar, por ejemplo, de la inconsciencia del tiempo; de este tiempo que puede morir, estar muerto. Si se había acostado con ella sería para lo normal entre un hombre y una mujer. Normalísimo. ¿Acaso ella no estaba desnuda? Pues eso.

Pregunta: ¿quién era la agraciada de turno, quién era la belleza con la que había intercambiado placer?

Respuesta: solo había que mirarle la cara para saberlo.

Pero ocurría que la chica no tenía cara.

Es más, no tenía cabeza.

Allá donde debía haber tenido la cabeza, sobre el pecho de Wade, había solamente un horrendo muñón increíble que ya había dejado de ser rojo para tomar una tonalidad siniestramente negra matizada de morada. Se veía el extraño tono de una vértebra cervical.

Ah, claro. Era una chica decapitada.

Igual que la rata. Y que el gato.

O sea: él, Wade Rittman, estaba en su cama, abrazando al frío cadáver de una chica de culo precioso y sin cabeza. Y las cosas rojas que había visto, claro, eran manchas de sangre…

¡Por el amor de Dios!

Dio de pronto un brinco en la cama, apartando de sí el decapitado cadáver femenino, y vio toda la cama llena de enormes manchas de sangre oscura y casi seca. También las paredes del dormitorio estaban salpicadas de grandes manchurrones de sangre. Todo estaba lleno de sangre, Todo, menos el culo y la espalda de la chica. ¿Quién era ella?

Wade giró, y quedó sentado en el lado de la cama. Y entonces supo quién era la chica. Lo supo con toda seguridad: era la secretaria y tal de su viejo amigo Orson Copley. Segurísimo que era ella, porque antes de acostarse con él se había dejado la cabeza sobre la mesita de noche. Sí, allá, sobre la mesita de noche, estaba la cabeza de Priscille Penfield. La simpática y amable Priscille. Allá estaba su cabeza.

Tenía los ojos abiertos, y parecían mirarlo a él, a Wade Rittman. La cabeza estaba apoyada cobre la base del cuello, de la cual se deslizaba todavía, lentamente, como engrudo, la sangre. Engrudo rojo. Toda la superficie de la mesita de noche estaba llena de engrudo rojo que se deslizaba por los lados.

Y allá estaba Priscille, mirándole. Chocante. El cuerpo en la cama, la cabeza sobre la mesita de noche. Como quien se quita el reloj o la dentadura postiza, vamos. Cariño, ¿vamos a echar un polvo? Bueno, pero espera, que tengo que quitarme la cabeza, así estaremos más cómodos…

Súbitamente, como un cañonazo disparado a traición dentro de su cuerpo, Wade Rittman sintió el estallido de las náuseas. Fue algo espantoso, que le hizo ponerse en pie de un salto estremecido. Salió

disparado hacia el cuarto de baño, donde comenzó a vomitar con tal violencia que estuvo seguro de que se iba a morir.

Tardó más de quince minutos en recuperarse lo suficiente para poder caminar, tras contemplarse, horrorizado en el espejo del cuarto de baño: parecía un cadáver. Era como si él, Wade Rittman, fuese a la vez un hombre vivo y un hombre muerto. Como si tuviera dos rostros, uno vivo y el otro muerto, y ahora llevase puesto el rostro del hombre muerto.

Desde el umbral del dormitorio, ya incapaz de reacciones fisiológicas, pues las había agotado, se quedó mirando el espectáculo siniestro que representaba su dormitorio. Era como un cubil de fiera que había ensangrentado brutalmente a su víctima a dentelladas, lanzando chorros de sangre a todos los lados.

La cabeza de Priscille seguía allí, claro.

Desvió rápidamente la mirada, y con paso todavía no muy firme se dirigió hacia el armario. Porque resultaba que él también estaba completamente desnudo, así que tenía que vestirse si quería marcharse. ¡Y vaya si quería marcharse de allí! Pero vestido, porque de otro modo no tardaría en ser detenido, y la cosa se complicaría. Claro que podía bajar directamente al estacionamiento subterráneo del edificio, meterse en su coche, y escapar a toda prisa. Nadie le vería, seguro. Pero… ¿adónde podía ir vestido?

Orson Copley. Lo recordó de pronto. ¡El viejo y querido Orson…! Se abalanzó hacia el teléfono de la salita de estar, y llamó al consultorio de Orson, pero no obtuvo respuesta. Localizó en la guía el apartamento de Orson, pero allá tampoco obtuvo respuesta. Y entonces recordó que Orson se había propuesto ir a ver a Melissa Pitts, porque había observado algo extraño en la mirada de la muchacha.

¿Qué podía haber visto Orson en la mirada de Melissa Pitts?

Bien, solo tenía que llamarlo a casa de ella, y… No, ni hablar. ¿Y si la policía estaba todavía allí? Nada de llamar a Orson a la casa de la señora Pitts. Recordó otra cosa: Orson tenía que venir a su apartamento. Así habían quedado: Orson realizaría sus gestiones y luego volvería a relevar, a Priscille para que él no estuviese solo en ningún momento.

No recordaba nada, por supuesto. Evidentemente, él y Priscille, conforme a lo acordado, habían llegado a su apartamento, la cosa se

había liado y habían terminado en la cama. Normal. Pero no recordaba esto, ni, mucho menos, lo demás, o sea, la… decapitación de Priscille.

—Dios mío… —gimió Wade—. ¡Dios bendito!

Se miró las manos y el cuerpo para asegurarse que se había limpiado las manchas de sangre. Regresó al dormitorio, abrió el armario, eligió ropa, y se vistió, siempre vuelto de espaldas al cuadro escénico aterrador que era su dormitorio. En la boca persistía el sabor amargo del café: un amargor intenso como nunca lo había experimentado. Se le había revuelto el estómago de un modo horrible.

«Tengo que dejar de pensar en esto o voy a, vomitar mi hígado…».

En aquel momento sonó la llamada a la puerta de su apartamento.

Capítulo VIII

TRAS toda una serie de vacilaciones fue a abrir, vio por la mirilla que se trataba de Orson, y abrió. El psiquiatra entró rápidamente, esgrimiendo el llavín con el que había estado a punto de abrir, y diciendo:

—Soy tan despistado que no recordaba que me había llevado el llavín… ¿Qué te pasa? —respingó.

—¿Qué me pasa? —preguntó a su vez Wade, cerrando la puerta.

—Y yo qué sé… ¡Tienes cara de muerto! —la alarma apareció súbitamente en los ojos de lechuza de Orson—. ¿Qué ha ocurrido?

Wade no contestó. Orson Copley tenía los ojos tan abiertos que parecían más que nunca enormes huevos fritos. De pronto, echó a correr hacia el interior del apartamento. Wade se dirigió a la salita, esperó allí. Copley se reunió con él un par de minutos más tarde. Wade le miró.

—¿Qué crees que podemos hacer? —murmuró.

—Wade, no sé… —jadeó el psiquiatra—. ¡Esto ya no es un descuartizamiento de gato! ¿Cómo has podido…? ¡Santo cielo, es lo más espantoso que he visto en mi vida!

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a avisar a la policía?

—¿Qué otra cosa puedo hacer ya? ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Si la policía me atrapa me meterán en la cárcel para toda la vida. O en un manicomio, que sería peor. ¿Cómo crees que he podido hacer una cosa así, Orson?

—¡Cielos, no tengo ni idea!

—Ni yo tampoco. ¿Crees que en mi vida normal podría hacerlo?

—No… Claro que no.

—¿Qué opinaría la policía del tiempo muerto?

—La policía tiene sus psiquiatras, naturalmente. Una vez comprobase que, efectivamente, eres víctima del tiempo muerto,

serias… puesto en manos de personal competente que atendiera el caso como es debido.

—Eso quiere decir que me meterían en un manicomio, ¿no?

—Bueno, no se trata propiamente de manicomios, Wade. Las cosas ya no son así, eso de los manicomios es un concepto viejo. Las personas con… dificultades mentales son ahora tratadas de modo diferente a como ocurría hace años. Ahora reciben ayuda, no un «tratamiento». No sé si me explico. Lo que estoy tratando de decir…

—Orson: ¿me encerrarían?

—En el sentido en que…

—Maldita sea tu estampa —casi gritó Wade—. ¿Me encerrarían?

—Tal como tú entiendes por estar encerrado, sí. Pero vamos a matizar eso, ¿de acuerdo? En primer lugar, tú eres un hombre inteligente y honesto, y eso lo sabe mucha gente y lo comprenderá pronto quien todavía no te conozca, cuando el proceso se ponga en marcha…

—¿El proceso?

—Wade; por Dios, ¡has matado a Priscille! Escucha, no podemos comportarnos como si eso no hubiera ocurrido, no podemos seguir como hasta ahora, que solo había muerto una rata y un gato. ¡Has matado a un ser humano!

—De modo que piensas delatarme.

—Pero… ¿qué otra cosa podemos hacer? Yo no puedo responsabilizarme de ti, date cuenta. En cuanto a ti mismo, date cuenta: ¿crees que estás en condiciones de ir por ahí solo?

—O sea, que volveré a hacer cosas como esa.

—O peores. Tu empeoramiento no solo es lógicamente progresivo al carecer de ayuda adecuada, sino que está en una fase de aceleración terrible.

—Quieres decir que puedo cometer cualquier barbaridad… mucho más monstruosa que cortarle la cabeza a Priscille.

—Me temo que sí.

Wade asintió con un gesto, y, de pronto, preguntó:

—¿Has visto a Melissa Pitts?

—Sí… Sí, sí.

—¿Y bien? ¿Estaba allí la…?

—No, ya no. Me aseguré de eso antes de visitarla. Estuve un rato charlando con ella. Es muy posible que me dejase influenciar por

fantasías de psiquiatra. Lo cierto es que me pareció una muchacha maravillosa.

—Es decir, que no has sacado nada en claro de sospechas que no llegaste a explicar bien.

—Era solo una corazonada…, y falló. Es una chica normal, la verdad es que había quedado con ella para encontrarnos los tres y cambiar impresiones, pero tal como están las cosas…

—¿Has quedado citado con ella? ¿Dónde y cuándo?

—No te lo voy a decir, porque ya no iremos allá. Vamos, Wade, sé juicioso. Había quedado con la señora Pitts después de cenar, pero no podemos atender esa cita…

—Te equivocas. Vamos a ir allá ahora mismo… Espera, tengo las llaves en el otro traje.

Wade regresó al dormitorio. Vio sus ropas, las que había estado utilizando aquel día, sobre una butaca, tiradas de cualquier manera. Por supuesto, como todo lo demás, estaban manchadas de sangre. Manejándola cuidadosamente consiguió sacar del bolsillo las llaves. No era hombre de muchas llaves: las dos del coche, la del apartamento, la de su taquilla en el club deportivo al que pertenecía…

Las llaves.

Allá tenía las llaves.

Se quedó mirándolas fijamente. Estaban todas. Las miró y remiró. Todas las llaves estaban allí. Lógico. Normal.

Se produjo un brevísimo lapso de tiempo realmente muerto en la mente de Wade Rittman. Como si quedara desconectado de todo durante unos pocos segundos. El vacío total.

Las llaves.

Allí estaban todas las llaves.

Recordó que tenía un duplicado de todas y cada una de ellas, precisamente, dentro del armario. Se acercó a este, abrió el cajón del cuerpo inferior, y vio allí las otras llaves. Las miró, las contó, las remiró, las recontó. Estaban todas.

Se quedó inmóvil, con un juego de llaves en cada mano, ambas ensalzadas, en una extraña pose, como si fuese un bailaor español dispuesto a tocar las castañuelas. Ya no estaba en tiempo muerto, ya no estaba desconcertado.

Y entonces sintió el pinchazo en la espalda… Respingó

fuertemente y se volvió, bajando los brazos, crispado el rostro… Orson Copley retrocedía vivamente, alejándose de él. Tenía en la mano derecha una jeringuilla sólida, fuerte, provista de una larga aguja con la que le había pinchado atravesando la ropa.

—Lo siento, Wade… —dijo Orson Copley—. Siempre voy preparado para emergencias de este tipo, y no he tenido más remedio que hacerlo.

—Hacer… ¿qué? —jadeó Wade—. ¿Qué has hecho?

—No te preocupes, no va a ocurrirte nada. Es un sedante especial. Tienes que comprenderlo, Wade. Escucha, no seas loco… —Copley retrocedió más vivamente al ver a Wade acercársele con gesto amenazador, todavía un juego de llaves en cada mano—. ¡Ten cuidado con lo que haces, Wade!

—Te voy a destrozar antes de que esa porquería que me has inyectado tenga su efecto. ¡Maldito embustero traidor, te voy a hacer pedazos…!

Uno de los juegos de llaves escapó de la mano de Wade y cayó al suelo, con sonoro tintineo. Wade lo pisó, dio otro paso, y se detuvo. Las otras llaves también cayeron al suelo, tras escapar de su mano. Se miró una y otra mano, perplejo. ¿Qué le ocurría? Sentía que perdía la fuerza en los dedos, que no podía sujetar nada. De pronto, ambos brazos le colgaron inertes. Comenzó a sentir una cosa extraña, diferente a cualquier otra sensación anterior experimentada en toda su vida.

Era como si todo él se fuese esfumando. Iba perdiendo rápidamente la conciencia de todo su cuerpo. Como si su cuerpo estuviera dejando de existir. Dio otro paso hacia Copley, y cayó sobre una rodilla. Debió ser un golpe fuerte, pero no notó dolor alguno. No notó nada.

Con un tremendo esfuerzo alzó la cabeza para mirar a Orson, y le vio contemplándole con una expresión de alivio, casi sonriente. Quiso decirle algo, pero de su boca no brotó sonido alguno. Era como si no tuviera lengua. Ni cuerdas vocales. Ni nada de nada.

Ya no tenía nada.

No sentía nada.

Su mirada permanecía fija en la de Orson Copley, en pregunta que el psiquiatra interpretó exactamente, y a la que contestó:

—Es una droga paralizante. Permanecerás consciente, pero no

podrás hacer nada. Lo siento, Wade, pero no podía permitir que me lastimaras…, ni escaparas.

Las últimas fuerzas abandonaron el cuerpo de Wade Rittman, que, completamente paralizado, se desplomó hacia adelante. Supo que su nariz había entrado en contacto con el suelo, pero no sintió dolor alguno. Quizá se había roto la ternilla, pero no sintió nada. Le parecía que se iba sumergiendo en un pozo de nada. Él no era nada de nada, y se estaba sumergiendo en un pozo de nada.

Era chocante.

Era y no era, estaba y no estaba.

Veía ocasionalmente a Orson, que iba de un lado a otro, haciendo no sabía qué. Y también le oía, eso sí. No en todo momento. Era como si sus oídos y sus ojos funcionasen a intervalos.

Por fin, Orson se acuclilló junto a él, y Wade le atizó un puñetazo en su maldita cara de lechuza gorda. Es decir, quiso hacerlo, pero no lo consiguió, no se movió ni un milímetro. Orson Copley captó su impresión, y se echó a reír quedamente.

—No insistas —le oyó claramente—, no podrás moverte en mucho rato.

Intentó de nuevo pegarle un puñetazo, pero no se movió. Era imposible, y punto.

Orson Copley le agarró por las axilas, y tiró de él hacia la puerta del apartamento. Wade se vio a sí mismo en el trance de deslizarse por el suelo como un muñeco. Veía sus pies dando saltitos a medida que Orson lo desplazaba. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, veía su abdomen. Allá abajo los pies daban saltitos. Menos mal que Orson se dio cuenta, se detuvo, y le puso el zapato.

Buen muchacho Orson Copley.

Aunque no. No tan buen muchacho. Evidentemente, Orson le había mentido en algo. Le había mentido con respecto al llavín de su apartamento… ¿Cómo era posible que Orson Copley tuviera el llavín de su apartamento si él tenía los dos llavines? Es decir, tenía el llavín que utilizaba normalmente y el duplicado, que guardaba con las demás llaves en el armario; elemental precaución que todo el mundo toma.

Pero ahora, resultaba que no existían dos llavines de su apartamento, sino tres llavines. Y uno de ellos era el que había utilizado Copley para abrir la puerta. ¿Cómo tenía Orson aquel

llavín, de dónde lo había sacado…?

Ahora, Orson lo estaba arrastrando por el pasillo del ascensor. Lo dejó en el suelo, pulsó el llamador del ascensor, y fue al cerrar la puerta del apartamento. El ascensor llegó, Copley lo metió dentro, y pulsó el botón del sótano. Del garaje, claro.

Segundos después el ascensor se detenía, y Orson lo sacaba de él y lo colocaba a un lado. Era como manejar un muñeco, aunque al birria de Orson le estaba costando lo suyo mover la mole de músculos de Wade Rittman. Esto sí que tenía gracia: un enano raquítico haciendo lo que le daba la gana con un atleta. Mucha gracia. Je, je, je. Je.

Orson había echado un vistazo al garaje, y, satisfecho de la situación de este, agarró de nuevo a Wade y lo arrastró hacia su coche. El coche del propio Wade, se entiende. El coche en el que Wade había llegado antes con Priscille…

Exacto: habían llegado él y Priscille, habían subido al apartamento, y habían terminado en la cama, normal; Aunque no tan lógico, porque él se había enamorado tan intensamente de Melissa Pitts que la sola idea de haberse acostado con la atractiva Priscille le parecía extraña. Pero, en fin, las evidencias eran las evidencias, ¿no? Se habían metido en la cama. Él no recordaba nada de todo esto, pero lo habían hecho.

¿O no?

Veamos… ¿Desde dónde recordaba él algo? Con un esfuerzo, mientras Orson ojeaba y farfullaba para meterlo en el coche sentado en el asiento contiguo al conductor, recordó la última escena de su tiempo vivo: él estaba en el consultorio de Orson, donde habían almorzado en compañía de este y de Priscille. Y estaba tomando café. Eso era, exacto: estaba tomando su segunda taza de café.

Y ya no recordaba nada más.

Oyó a su izquierda el bufido de Orson Copley, y miró de reojo. Le divisó confusamente. Al parecer se estaba pasando un pañuelo por la frente. Oyó el zumbido del motor al ser puesto en marcha. La rampa. La puerta se alzó ante el coche, que salió a la calle. Todo normal. Estaba anocheciendo. Él iba sentado como un muñeco junto a Copley, que conducía. Todo normal…

El café.

Era lo último que recordaba. Es decir que, evidentemente, el

resto de las cosas habían sucedido en tiempo muerto: él y Priscille abandonando el consultorio de Orson, subiendo a su ascensor a su apartamento, entrando en este, unos besitos o caricias, la cama, un buen polvo —quizá dos, todo era posible… ¿Tres?—, y luego… Normal claro: después gozar con la hermosa, joven y complaciente Priscille. Él le había cortado la cabeza, y se había acostado con el cuerpo bien abrazadito y rebozado en sangre…

Y para que no faltase ni siquiera la cuestión de los detalles decorativos, había dejado la cabeza de Priscille sobre su mesita de noche.

Pues bien, no recordaba nada de todo esto. Nada. El café, y eso era todo.

El tráfico era abundante, pero fluido. No se sorprendió de que nadie se fijara especialmente en ellos. Él parecía —debía parecer— un tranquilo que viajaba con un amigo. Oía a Orson refunfuñar de cuando en cuando, pero, cosa extraña, también de cuando en cuando emitía una risita.

Salieron de la ciudad. Estaban viajando en dirección a Parkman, pero muy pronto, en el cruce de Welshifield, Orson giró a la izquierda. O sea, que ahora se dirigían hacia el norte, hacia Burton, si no recordaba mal. Pasaron por delante de una gasolinera que le ratificó su creencia de que se dirigían hacia Burton, en efecto. Pero no llegaron a esta localidad, sino que, al poco de haber dejado atrás la gasolinera, Orson metió el coche por un camino hacia la izquierda. Un par de minutos más tarde detenía el coche y apagaba el motor. El silencio llegó, súbito y hermoso. Frente al coche, a escasa distancia, se divisaba un río que, sin duda, era el Cuyahoga.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso preguntar Wade.

Pero no lo consiguió, claro. Ya casi era de noche. En cuestión de pocos minutos, no más de cinco a seis, sería noche cerrada. Wade se encontró de pronto mirando a Orson. Este le había, agarrado por la barbilla, y le había hecho volver la cabeza hacia él.

—¿Qué, hijo de puta? —oyó la voz del viejo amigo Orson—. ¿Cómo te va tu asquerosa vida?

Wade Rittman no consiguió ni siquiera pestañear. Sentía unos deseos atroces de agarrar a Orson y retorcerle el cuello, pero la triste realidad era que no conseguía mover ni una pestaña. ¿Qué clase de maldita droga le había inyectado? ¿Quizá una de esas que

se utilizan en cirugía, para operar, insensibilizando al paciente pero no durmiéndolo?

—¿A que no te esperabas nada semejante en tu puerca vida, so cabrón? —siguió hablando Orson—. ¿A que no esperabas que el mierda de Orson te hiciera una cosa semejante? ¿A que no, so mamón?

Se echó a reír de nuevo, y acto seguido encendió un cigarrillo.

—Ya sé que tú te habías olvidado de mí, pero yo nunca te olvidé, hijoputa… —prosiguió Orson—. ¿Cómo había de olvidarte, si has sido la persona que más me ha humillado en la vida? Y lo peor de todo, lo que me resultaba todavía más humillante, era que tú ni siquiera pretendías hacerlo: simplemente, me dejabas en ridículo, siempre me humillabas en todo, absolutamente en todo. Eres tan superior a mí en todo que convertiste mi vida en un infierno de envidia y finalmente odio. Desde el mismo momento en que nos conocimos, Wade, te empecé a odiar. No sé si estás sorprendido.

No recibió respuesta, naturalmente: Pero percibió claramente el gran interés sorprendido en las pupilas de Wade Rittman.

—Sí, ya veo que estás sorprendido… —le tiró el humo a la cara —. Pues no deberías estarlo. Yo era el pequeñajo, el feo, menos listo que tú, una mierda a tu lado en los deportes, en los estudios, con las chicas… ¡Maldito seas, recuerdo la vez que tú te acostaste con las dos con que habíamos salido, pues la que me tocó de pareja prefirió compartirte que acostarse conmigo! ¿Lo recuerdas?

Wade habría sonreído ahora, pero tampoco pudo hacerlo. La verdad era que lo había sepultado en el fondo del saco de su juventud estudiantil, pero ahora lo recordaba. ¡Vaya si lo recordaba! Él metido en la cama, con dos chicas, y Orson Copley deshojando flores en el jardín. Sí, aquello debió ser demasiado…

—Ya veo que lo recuerdas, Pero hay cosas que debes haber olvidado y en cambio yo no he olvidado ninguna. Ni una sola, perro. Años de humillación en tu compañía, y luego años de odio abrasador mientras tú te olvidabas completamente de mí y te dedicabas a dibujar, lo que siempre habías deseado. Dibujar, tener amigos, reír, divertirte con chicas… ¡Y siempre lo conseguías todo, siempre! Wade, si supieras cuánto te he llegado a odiar, cuánto te estoy odiando ahora, te morirías de miedo. ¡Pero si hasta la

estúpida de Priscille se enamoró o se encaprichó de ti! La convencí para que me ayudara, diciéndole que todo era una broma a un viejo amigo, pero luego, cuando lo del gato, comenzó a ponerse tonta, y… ¿sabes que también fracasé con ella?

Wade seguía mirando los ojos de lechuza, ahora como inflamados y encendidos en fuego.

—Sí…, también con ella. Tengo dinero, prestigio… En realidad, si no hubiera sido por ti ahora sería alguien importante en mi profesión. Pero tú no me dejabas vivir. ¡Tú, que me habías olvidado, no me dejabas vivir…! Incluso es posible que si tú no hubieras existido yo habría acabado por convencer a Priscille para que se casara conmigo, del mismo modo que la convencí para que me ayudara a gastarle la «broma» del tiempo muerto al viejo amigo. Ella me ayudó cuando yo quise conseguir hace tiempo la llave de tu apartamento, de la que, como ya has comprendido, tengo un duplicado, que obtuve del juego de repuesto que encontré en tu armario… No te sorprendas tanto: ¡claro que he entrado en tu apartamento siempre que me ha dado la gana! Yo fui el que puso la cabeza de rata dentro de la botella de leche, el cuerpo en un bolsillo de tu chaqueta. Yo fui quien, imitando tu odiada voz que tengo en docenas de grabaciones, pidió la cabeza reducida a Jesting Aside. Yo fui quien mató al gato y lo descuartizó luego dentro del coche de esa estúpida pelirroja… ¿Quieres escuchar tu propia voz, Wade?

Este ni siquiera podía tragar saliva, así que un hililllo de baba se deslizaba por la comisura de su boca. Estaba pura y simplemente aterrado, eso era todo.

Copley soltó una risita y, al continuar hablando lo hizo con la voz de Wade Rittman. No era exacta, naturalmente, pero podía engañar a cualquiera, y más, por teléfono.

—¿Qué te parece tu voz, Wade? ¿Comprendes? ¿Te das cuenta de que puedo engañar a cualquiera como engañé al tipo de Jesting Aside? Pero a quien más y mejor he estado engañando ha sido a ti. Claro que no porque seas tonto, sino porque confiabas en el viejo amigo de cuyo nombre te acordaste de pronto. Pero… ¿crees que fue por casualidad? No, hombre. Yo te he estado metiendo en esto después de mucho prepararlo, de mucho pensar qué podía hacer contigo que saciase mi odio, y finalmente monté mi plan. Y cuando te acordaste de mí fue porque yo recurrí a un procedimiento que

llegó a tu conciencia subliminal: te hice ver a distancia mi nombre escrito en una pancarta. Es uno de esos sistemas de publicidad aparentemente suaves, pero que calan, te apetece tomar una cerveza o un *whisky*. Lo mismo te ocurrió a ti cuando saliste de la tienda de artículos de broma: viste mi nombre en alguna parte, y fuiste a verme… Es muy simple. Y a partir de ese momento estuviste en mis manos. No es cierto que anoche salieses; lo que ocurre es que yo ya tenía esas fotografías tuyas saliendo de tu apartamento hace días. Todo preparado, Wade, todo. ¿Verdad que crees que tú llevaste a Priscille a tu apartamento? Pues no. No, hombre: entre ella y yo te llevamos a ti, dormido por el narcótico contenido en el café. Luego, cuando ella dijo que ya no quería torturarte más, que la broma no le parecía aceptable, que yo me estaba excediendo, pensé que esa chica jamás querría ya saber nada conmigo íntimamente, después de haber estado contigo… Así que decidí acelerar mis planes y desquitarme también de ella. ¿Qué crees que hice?

Rio de nuevo. Metió la colilla en cigarro en el cenicero, y miró a la última luz del día su reloj de pulsera. ¿Estaba esperando a alguien?

—Pues me la tiré… —Orson se echó a reír agudamente—. ¡Le di un buen trastazo en la cabeza, la aturdí, y después de atarla me la estuve tirando hasta no poder más! Y tú allá, en el suelo, como un muerto… ¡Je, je, je! ¡Y yo tirándome a Priscille! Luego, te puse en la cama, y a ella le corté la cabeza… ¡Fue fantástico! Y no creas que estoy loco, querido, de eso nada. Lo que ocurre es que os odio a todos, a todos, malditos seáis… Pero a ti es a quien más odio, y por eso he matado, porque tu muerte tiene que ser algo… prodigioso, algo que yo recuerde toda mi vida como el más gran placer experimentado. ¿Y sabes cómo he decidido que mueras, Wade? Te lo voy a decir, te llevaré a la vía del tren, pondré tu cabeza sobre el raíl, y esperaré sentado junto a la vía a que pase el tren y te aplaste. En ese momento, yo estaré iluminándote la cara con una linterna. ¿Te imaginas? ¿Te imaginas qué maravilloso espectáculo quedará grabado para siempre en mi mente? Tu cabeza estallando, tus ojos reventando y saliendo proyectados del rostro, todas tus facciones distorsionadas, tu cráneo crujiendo, tu cerebro convirtiéndose en puré que salpicará a todos lados, incluso con un poco de suerte mi

rostro, para que nunca, nunca, nunca olvide el grandiosísimo placer… ¡Va a ser una muerte bellísima a mis ojos, algo celestial! ¡Gracias por haber vivido para morir así a mis manos, Wade Rittman!

Orson calló. Quedó jadeante, con los ojos tan saltones que parecían a punto de tocar los cristales de sus gafas. Su jadeo era como el de una bestia furiosa, resonaba fuertemente dentro del coche cerrado.

La noche había llegado.

Los faros de un coche brillaron muy cerca, en alguna parte que Wade no pudo situar, pues no podía mover la cabeza. Era como una marioneta: así lo ponían, así se quedaba.

—Ahí llega ella… —susurró Orson—. Me refiero a tu adorada Melissa. También a ella he engañado imitando tu voz por teléfono. La he citado en este lugar, y la muy boba ha aceptado venir. Ahí la tienes. ¿Y sabes qué voy a hacer con ella, Wade? ¡Me la voy a tirar!

Volvió a reír. Las luces del coche recién llegado estaban más cerca. Wade Rittman no recordaba haber estado más angustiado en toda su vida. Un claxon sonó brevísimamente, y Copley respondió del mismo modo.

—Ahí la tienes. Es preciosa, es incluso más hermosa que Priscille, pero no me habría fijado en ella si no fuera precisamente porque tú la amas. Lo dijiste, que estabas loco por ella, y eso la condenó, eso lo decidió todo. Ahora voy a salir de aquí, la voy a inyectar como a ti, la meteré en el asiento de atrás, y la colocaré de un modo que pueda ver como la violo… Luego, le cortaré la cabeza, la tiraré fuera del coche, y nos iremos en busca de la vía del tren, donde terminarás tu maldita vida que ha estado disminuyendo la mía… ¡Observa cómo el pequeñajo Orson se tira a la mujer que amas, cabrón, hijoputa, perro maldito…!

Orson Copley salió del coche. Wade Rittman quiso gritar, pero no pudo. Tampoco girar la cabeza. Volvió los ojos cuanto pudo, pero ahora solo podía ver la oscuridad exterior. No se oía nada en aquel momento, ni siquiera el rumor del Cuyahoga River. Nada. De pronto, muy cerca, oyó como una exclamación contenida, quizá un gemido.

Silencio.

Al poco, un rumor. Y enseguida, la risa de Orson. Luego, tras él,

Wade oyó que se abría la portezuela del coche. Oyó la voz jadeante de Orson Copley:

—Debe estar loca por ti para acudir a la cita con un hombre que mata y decapita y descuartiza animalitos… No pesa demasiado… Es muy hermosa, la voy a poseer con mucho gusto, hasta que no pueda más… ¡La voy a reventar a mis anchas!

Imposible moverse. Wade creyó que movía los dedos de la mano derecha, pero pronto se desilusionó. Sí, eso había sido: ilusiones… Detrás de él oía rumor de ropa, los jadeos de Orson. Luego, este pasó al asiento de delante, lo desplazó a él al asiento del volante, y lo retorció de un modo que quedara mirando hacia el asiento de atrás…, donde en la oscuridad resplandecía el desnudo cuerpo de Melissa Pitts.

—Vas a ver cómo lo hago —rio sádicamente la lechuza.

Se desnudó completamente. Su cuerpo era más blanco que el de la muchacha. Ahora, ya habituado sus ojos a la oscuridad relativa del interior del coche, Wade Rittman podía ver a Melissa y a Copley casi perfectamente. El resplandor de las estrellas y la luna especialmente, por entre los pinos, era suficiente para crear una fantasmagórica iluminación.

Orson movió a Melissa, de modo que esta quedó tendida en el asiento. La cabeza de la muchacha quedó ladeada hacia el borde del asiento. Sus ojos de aterrada expresión quedaron fijos en Wade, cuya desesperación era terrible.

—Wade… —rio el otro, montándose sobre la muchacha—. Wade, mira cómo lo hago… ¡Míralo bien, por favor, querido amigo!

Los ojos de Melissa Pitts eran como dos espantados gritos de socorro, de piedad, de compasión. La muchacha, como Wade, no podía moverse, pero veía y oía. Seguramente, su insensibilización llegaría al punto de que no percibiría con exactitud el ultraje de que iba a ser objeto, al menos físicamente, pero sí mentalmente…

—¡Wade! —bramó la lechuza—. ¡Wade, mira como se la…!

Wade Rittman lanzó un bramido como de fiera, y se irguió vivamente en el asiento, en retorcida postura dificilísima. Orson Copley alzó la cabeza vivamente, y le miró. Los grandes ojos como huevos fritos brillaban tras los cristales de las gafas, y, de pronto, expresaron la sorpresa y acto seguido el miedo, al moverse imperceptiblemente Wade, por la parte del hombro derecho…

Recibió el puñetazo en plena boca, que crujió horrorísimamente. Toda la cabeza de Orson Copley crujió, y el psiquiatra tuvo la sensación de que un millón de luces estallaban definitivamente dentro de ella, para apagarse enseguida: Fue una sensación de intensísimo dolor, que por fortuna terminó en el acto, pues perdió el conocimiento mientras todavía estaba tragando parte de los dientes rotos por el puñetazo. Su cabezota fue a rebotar contra el respaldo del cuerpo de Melissa Pitts hasta el piso del coche, donde quedó arrugado entre los dos asientos.

Del mismo modo estaba ahora Wade Rittman, tendido de costado sobre los dos asientos delanteros, adonde había ido a parar después de la sacudida del golpe.

—Me… lissa —jadeó—, empiezo… a es… estar… bien, y… y…

Se calló. Comenzaba a sentir que pronto podría moverse y hablar bien, o casi bien. Lo suficiente para controlar la situación…, siempre y cuando Orson no se recuperará antes que él. Si lo hacía, estarían definitivamente perdidos.

—Melissa, te… te amo…

Ella no podía responderle, estaba en la primera fase de la parálisis debida a la droga. Pero algo se movió en alguna parte, algo hizo ruido. Fuera del coche, de pronto, resonó una voz de hombre:

—¡Teniente, aquí está el coche! ¡Y hay otro!

Unos segundos más tarde, Wade Rittman oyó abrirse una portezuela de su coche, y, enseguida, la voz del teniente Carroll:

—Ya sabía yo que esta jovencita no se comportaba normalmente,… Hemos hecho bien en seguirla, aunque fuera distancia…

Este es el final

—SEÑOR Pitts —dijo muy seriamente Wade Rittman—, he venido a pedirle la mano de su esposa.

El abuelo simpático que fumaba en pipa se quedó mirando estupefacto a Wade. Acababa de abrir la puerta ante la llamada de este, y sin más, lo primero que le soltaba el visitante era aquello. Para pasmar a cualquiera, vamos.

Por fin, el hombre movió la cabeza, y dijo:

—Será mejor que pase. Mi esposa está todavía en el supermercado.

—Sí, lo sé, por el horario. He pensado que sería menos enojoso para ella que hablásemos usted y yo a solas.

—Sin duda, sin duda. Bueno, entre.

Segundos después, los dos hombres entraban en la salita. El señor Pitts, en silencio sirvió dos whiskys con hielo, entregó uno a Wade, y se dejó caer en el sillón, suspirando, pipa en boca.

—¿Sabe? —dijo apaciblemente—. Ya empiezo a estar un poco mayor, así que pronto me jubilaré. No tengo por qué trabajar tanto, a mi edad. Oiga, no es que sea un viejo, pero llevo muchos años trabajando duro. Y encima, cuando llego a casa me encuentro que mi mujer no está, y que yo tengo que servirme personalmente el *whisky* y todo eso… Sí, señor, estoy harto, y le diré a mi mujer que se acabó el supermercado. ¿Para qué tanto trabajar ella también? Ya somos ricos, ¿sabe? Siempre trabajando, trabajando…

Wade, que escuchaba como fascinado al señor Pitts volvió de pronto la cabeza, al oír el taconeo de unos zapatos altos. Vio entrar a Melissa en la salita, portando una bandeja con algo de comida lista para ser introducida en el horno. Llevaba unos *shorts* y una blusa. Estaba mortal.

Sonrió deliciosamente al ver al dibujante.

—Ah, hola, Wade… ¿Hasta ahora has estado dándole

explicaciones a la policía?

—Pues sí, prác… prácticamente… mente… sí, eso es. ¡Usted me dijo que su esposa estaba en el supermercado! —se volvió furioso de pronto hacia el señor Pitts.

—Cierto —asintió este—. Ha estado unos das sin poder ir, pero por fortuna mi hija la ha ido supliendo para salir del paso.

—¿Qué hija? —palideció Wade—. ¡No sabía que tuvieran ustedes una hija!

—Tenemos dos hijas y un hijo. El chico está en Nueva York. Oiga, es abogado, ¿sabe? La hija menor está en la universidad, y en cuanto ella termine, ¡zas!, mi esposa y yo nos jubilamos, palabra.

La desorbitada mirada de Wade regresó hacia Melissa. ¿Jubilarse? ¡Aquello sí que tenía gracia, jubilarse aquella jovencita…! No entendía nada de nada. Se diría que su cerebro acababa de entrar en un tiempo muerto…

De pronto, oyó la puerta de la casa. Al poco, apareció en la salita la madre de la señora Pitts, es decir, la madre de Melissa, o sea…

—Hola, querido… —saludó la mujer, acercándose al señor Pitts, y besándole en la frente—. ¡Qué día, Señor, qué día…! Melissa, ¿qué nos has preparado para hoy? Tiene muy buena cara… Ah, el señor Rittman, ese amigo tuyo. ¿Cómo está usted, señor Rittman?

—No sé —murmuró Wade.

—¿Va a quedarse a cenar? Supongo que Melissa le ha invitado.

—No hemos tenido tiempo de hablar tanto —dijo Melissa—, pero naturalmente que se va a quedar a cenar. Estaba segura de que vendría, y he dejado mis diseños de moda una hora y pico antes para preparar algo especial. Ah, mamá llegó una carta de Henry.

—Ese pícaro hijo mío debe estar haciendo de las suyas en Nueva York. ¡A ver si se decide a casarse de una vez! No me gusta que un hijo mío ande suelto por una ciudad como Nueva York. ¿Conoce usted Nueva York, señor Rittman?

—Un po… poco… —acertó a decir Wade.

—Nos hablará de eso durante la cena. Estoy seguro de que Henry no nos dice siempre la verdad sobre la vida que lleva allí. Aunque es abogado, y se supone que los abogados son gente seria, ¿no está de acuerdo?

—Pu… pues no sé… Supongo… que sí…

—Bueno, dame esa bandeja y atiende a tu invitado —dijo la madre de Melissa, arrebatando la bandeja de las manos de la muchacha; miró al señor Pitts—. Y tú podrías ayudarme, querido.

El señor Pitts suspiró, y se puso en pie, mientras Melissa Pitts iba a sentarse en las rodillas de Wade Rittman, que se atragantó. El señor Pitts los señaló a ambos con la pipa.

—Así empecé yo, señor Rittman, y ya me ve: calvo, fondón, y con tres hijos que me han costado un huevo. Pero, en fin, allá usted: si tanto le gusta mi tercera hija ya sé que nadie podrá librarle de la trampa. ¡Paciencia, muchacho, paciencia! Diga, ¿qué ha pasado con el psiquiatra chiflado?

—Lo… lo están… estudiando para ver si lo… encierran por loco o por criminal… Perdone, señor Pitts, pero… ¿esta pelirroja es hija suya?

—Toma, claro. ¿Qué creyó usted?

—¿Yo? Pues nada… Eso. Je, je.

El señor Pitts asintió, y se fue a la cocina, mientras Melissa soltaba una carcajada. Cuando Wade Rittman fue a protestar, Melissa Pitts le besó profundamente en la boca… y el señor Rittman entró en una esplendorosa fase de tiempo muerto de su vida. Pero se recuperó en el acto, y se dijo que todo lo que sucediese en adelante entre él y Melissa Pitts sería en una fase de tiempo vivo… ¡Y tan vivo! Aunque ella besaba que mataba, eso sí…

FIN

Notas

[1] En inglés, Jesting Aside significa Bromas Aparte. <<